



BOLSILIBROS
EASA

TERROR

LA NOCHE DEL DIABLO

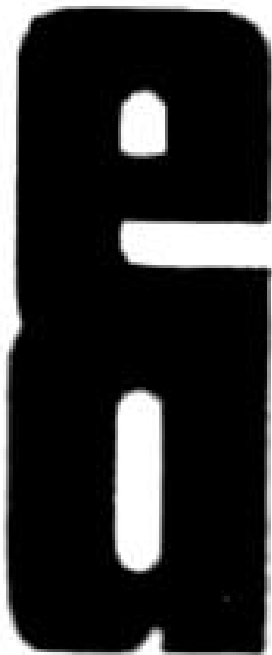
Frank McFair



[image]

© FRANK
McFAIR
Derechos
reservados por:
EDITORIAL
ANDINA, S.A.
Polígono
Industrial de
Pinto
PINTO (Madrid)
Director
responsable:
Gregorio
Ovejero
ISBN
84-06-01864-X
Depósito legal:
M.23.874 –
1978

Printed in Spain
LITOPRINT,
S.A.
Villafranca del
Bierzo, 32
Fuenlabrada
(MADRID)



EDITORIAL
ANDINA, S.A.

[image]

Todas las situaciones, personajes y entidades de esta novela son producto exclusivo de la fantasía del autor, por lo que cualquier semejanza con hechos actuales o pasados será mera coincidencia

CAPÍTULO 1

P

ERO, ¿qué clase de fiesta es ésa? —preguntó lord Gore.

—Más que una fiesta, yo diría que es una especie de rito —respondió Martin Philips.

—Bueno, ¿cuál es la diferencia? —insistió Gore.

—Una fiesta es algo que se celebra porque sí, o para conmemorar algo. Un rito yo diría que es algo en lo que toma parte una serie de personas que persiguen un fin común, sea éste el que sea.

—Y, ¿cuál es ese fin, en suma?

—Eso es lo que no he entendido bien. No olvides que hablo el eslovaco, pero no comprendo todos sus matices. Por otra parte, esta gente no es demasiado comunicativa. Ya lo habéis visto.

—Son salvajes y huraños —declaró una de las dos muchachas—. Pero les salva el paisaje. Es simplemente maravilloso.

Los cinco jóvenes estaban sentados a la orilla de un arroyo que precipitaba sus aguas espumosas sobre las rocas. Todo en derredor de ellos, la salvaje belleza de los montes Tatra se desplegaba como un decorado teatral.

A lo lejos, el pequeño pueblo, con sus tejados picudos y sus paredes pintadas de vivos colores, parecía una tarjeta postal. Veían a los campesinos eslovacos atareándose con los últimos restos de la recolección del lúpulo.

—¿Cómo serías tú si te hubieses criado en un sitio así? —preguntó Tom.

Lord Gore era alto y rubio, Martin Philips, de mediana estatura y de pelo oscuro. Tom Sanders, un escocés de enorme estatura y músculos de toro.

Jane More-Stilwell, de cuerpo recio, acostumbrada a montar a caballo, a perseguir el zorro y a jugar al críquet, miraba con sus ojos muy azules a un grupo de nubes que se perseguían en el cielo de septiembre. Y por último Margaret Oliver, su amiga de Saint Mary, que por primera vez formaba parte del grupo.

Hacía cuatro años que los cuatro primeros viajaban por el extranjero, juntos, todos los veranos. Martin Philips, el mayor, contaba con veintisiete años y era naturalista, aunque últimamente se había especializado en estudios sobre una nueva ciencia que se abría paso en Inglaterra con gran fuerza: la antropología.

Lord Gore era... simplemente lord Gore. Decimoctavo conde del

mismo nombre, a la muerte de su padre se había encontrado con un montón de rentas y nada que hacer sino seguir sus propios caprichos.

El escocés Thomas Sanders era teniente de la Guardia Escocesa, y su mayor deseo hubiera sido ser destinado al ejército de la India, pero aún no había logrado conseguirlo.

En cuanto a Jane More-Stilwell, era la quinta hija de lord Malcolm y no heredaría el título, pero si unas rentas bastante sustanciosas. Aquella primavera había convencido a Margaret Oliver, que estudió con ella en Saint Mary de que los acompañase. Margaret era americana, hija de algún rey de alguna cosa, como decía lord Gore entre despreciativo y afable.

Y habían decidido viajar por Centroeuropa. Habían estado en Viena, en Budapest, habían sido recibidos por el anciano emperador Francisco José, y habían conocido al príncipe heredero que ya por esas fechas comenzaba a hacer el tonto con una checa, María Vetsera. Al menos, eso era lo que se susurraba en la corte.

—Y ahora —había dicho Horatio, lord Gore—, basta ya de bailar valeses y demás tonterías. ¿Es que no queda en Europa algún lugar bien salvaje donde haya osos, lobos y zorros que no estén domesticados?

—Vayan ustedes a los montes Tatra —se le respondió—. Pero lleven cuidado de no acercarse demasiado a Bulgaria, porque corren noticias de que se prepara una guerra entre los búlgaros y los turcos.

—¿Una guerra? —dijo lord Gore—. A fe mía que no me importaría asistir a alguna de ellas como observador. Vamos a Bulgaria.

Pero la presencia de las jóvenes fue un obstáculo. Por tanto, se decidieron por Eslovaquia y la Rutenia Subcarpática.

Y ese era el motivo por el cual en este momento se encontraban en la pequeña aldea de Polyana, lugar en que se cosechaba la mayor parte del lúpulo que se utilizaba en Pilsen para fabricar cerveza.

No habían visto un solo oso, aunque se les aseguró que los había. Ni lobos, aunque sí algunos zorros. Tras tres días en la aldea, estaban pensando seriamente en marcharse, cuando alguien les habló de la fiesta.

Pensaron al principio que sería como cualquiera otra fiesta agrícola, de las que se celebran en todas partes cuando termina la recolección, pero Martin Philips que era el que hablaba mejor el alemán y un poco de eslovaco, les sacó prontamente de su error.

—Es algo muy distinto, y se divide en dos partes, según he podido comprender —les dijo más tarde—. En la primera, se bendicen los campos, se canta y se baila. Es la segunda, la que no acabo de entender bien, pero me parece que es algo completamente insólito.

—Bueno, en todas partes en el campo se baila y se canta —objetó el escocés—. Sobre todo cuando se acaban las cosechas.

—Hay algo más, pero no he logrado entenderlo bien —respondió Philips, reservadamente—. Pero de todas maneras, creo que me voy a quedar para saberlo.

—Aquí o allí, ¿qué más da? —dijo Jane—. Quedémonos todos. Gore se encogió de hombros.

—De acuerdo, un día más no importa. Pero sugiero que después vayamos hacia Sofía. Veamos si es cierto que esos bravos búlgaros quieren sentarles las costuras a los turcos.

Se quedaron. Y ahora, mientras contemplaban a lo lejos el pueblo, lord Gore se mostraba aristocráticamente aburrido.

—No se trata ya de las incomodidades, sino de principios —dijo—. Si esa fiesta fuese algo particularmente especial, no pondría objeción alguna, pero me parece que no es ese el caso. Supongo que los aldeanos se hartarán de comidas, bebidas y rezos y luego se irán a su casa a dormir.

—Sí, porque a las doce en punto deben estar en sus casas —respondió Philips.

—¿Sí? ¿Por qué? —preguntó Jane.

—Eso es lo que no he entendido bien, pero al parecer hay peligro. Un gran peligro si no lo hacen.

Lord Gore se alertó.

—Creo que tú sabes más de lo que dices, Martin.

—Pero ya te digo que no lo he comprendido bien. Palabra que esta misma tarde procuraré enterarme mejor.

—Tal vez para ti esto resulte prometedor, pero lo que es para las muchachas...

—Por nosotras no te preocupes —respondió Jane. Y Margaret asintió—. Cuando decidimos venir no pensábamos que íbamos a encontrar un hotel *Savoy* en cada pueblo. Así que... nos quedamos.

Lord Gore sabía que los hermosos ojos de Jane se fijaban preferentemente en Martin, aunque no comprendía bien por qué. No obstante, era un buen amigo del naturalista y no estaba dispuesto a reñir con él por ninguna mujer. Mujeres hay muchas, amigos, no.

Volvieron al pueblo, paseando lentamente. Dos días antes habían escalado uno de los montes más altos, el Polána, pero acostumbrados a los Alpes, había sido un verdadero paseo. Todos ellos eran buenos escaladores.

El pueblo se componía de dos calles en cruz, aprovechando dos caminos que se cortaban. La fonda, estaba precisamente en el punto de intersección y daba a las dos calles. Tenía un tejado altísimo y en las paredes había pinturas. Philips se quedó mirando a una de ellas.

—¿Habéis visto esto? —preguntó.

—Vamos, vamos, lo único que quiero es que nos preparen los baños —dijo lord Gore—. Y luego, cenar.

—¿Qué es ello? —preguntó Jane.

El posadero estaba ya en la puerta. Los visitantes ingleses habían sido una fuente muy saneada de ingresos para él en los días que llevaban en el pueblo. Eso sí, se había visto obligado a traer enormes tinas para que pudieran lavarse y bañarse diariamente, cosa que no comprendía, pero que le proporcionaba una ganancia extra.

—Los ilustres señores están servidos —dijo pomposamente desde la puerta.

Pasaban muchachas vestidas con trajes eslovacos, pañuelos en la cabeza y pesadas faldas. Hombres con sombreros planos, chaquetillas cortas y pantalones metidos dentro de las botas. Todos ellos contemplaban a los ingleses con atención un tanto molesta.

—Esto —dijo Martin señalando una de las pinturas.

—¿Qué crees tú que representa?

—No lo sé bien, pero desde luego está referido a la fiesta de esta noche.

La pintura, débilmente coloreada a causa del tiempo, parecía representar un campo, en medio del cual una extraña figura se elevaba, hasta casi tocar las montañas. A lo lejos había un pueblecito convencional, pero al que la torre bulbosa de la iglesia parecía adscribir al mismo en que estaban ahora. Claro que iglesias con cúpula en forma de cebolla había muchas por allí.

—*Pan* Vaklav —dijo Martin al posadero—. ¿Qué es eso?

Le señaló la figura. El posadero siguió su mirada. En sus ojos apareció un brillo extraño.

—Lo que nadie querría ver —respondió Vaklav.

—¿Tiene algo que ver con la fiesta de mañana?

—¿Que si tiene? Ya lo creo. Mucho. Sin él no habría fiesta.

—Pero, ¿quién es?

—El Espíritu del Mal —respondió el posadero—. Y ahora, *pan*, si quiere, los baños están preparados,

—El Espíritu del Mal —dijo Jane lentamente—. Pero, ¿qué tiene que ver con la fiesta del lúpulo?

—¿Es que no quiere usted hablar de él? —preguntó Martin, siguiendo al posadero.

—Cuanto menos se hable, mejor.

—Usted nos va a contar eso esta misma noche —dijo el inglés firmemente.

—¿Yo? Los hay más viejos que yo y que le pueden hablar mejor de eso... si es que quieren.

Cenaron un guisado de patatas con carne, fuertemente salpimentado. La carne era de varios animales, cocinados todos juntos. Al principio habían mirado aquella comida con prevención, pero el sabor era excelente. Luego, mientras fumaban sus pipas los hombres,

comenzaron a llegar los aldeanos, para tomar sus vasos de aguardiente y su cerveza.

—*Pan* Vaklav —llamó Martin—. Queremos oír eso.

El posadero acudió, secándose las manos en el delantal.

—Tome un vaso y siéntese.

—Bueno, yo... muy agradecido a las dignas señoras y a los ilustres señores. Pero creo que *pan* Milek podría explicárselo mejor que yo.

Señalaba a un viejo, recio, de pelo blanco y ojos azules que bebía su aguardiente con expresión reconcentrada.

—Pero yo no conozco lo suficiente el idioma como para hablar con él.

—Oh, habla perfectamente el alemán, *pan* Milek. Estuvo en el ejército, en Viena durante veinte años. Es un militar retirado. Sargento.

Fue hacia el viejo y habló con él unos instantes. El viejo se puso en pie y se acercó a la mesa. Saludó, rígidamente,

—A las órdenes de las dignas señoras y señores —dijo—. Jan Milek, ex sargento del XVIII de Infantería de Línea.

—Tome una copa con nosotros, *pan*.

—¿Una copa? —rio el posadero—. Tomará una botella entera.

—Tú calla, animal. Los dignos señores saben lo que es la sed de un ex sargento del Ejército Imperial.

—Lo sé —respondió Sanders, riendo—. Yo mismo soy oficial en el Ejército inglés.

Milek volvió a saludar y se sentó. Inmediatamente se bebió un vaso entero de aguardiente. Le sirvieron otro,

—Y ahora, díganme lo que desean de mí, dignos señores y señoras.

—Queremos saber todo acerca de la fiesta de mañana —dijo Philips—. Qué representa y... en fin, todo.

Philips era el único que hablaba correctamente el alemán. Sanders y lord Gore lo entendían bien, y las muchachas, nada. El mismo Philips fue el encargado de ir traduciendo.

—Es una fiesta que no existe más que aquí. Es una cosa terrible, dignos señores.

—Terrible, ¿por qué?

—Porque en cualquier sitio, la gente cuando termina la cosecha, puede reunirse, bailar, cantar.

—¿Y aquí no?

—Oh, sí, pero sólo hasta las nueve de la noche. Porque después...

Hizo una pausa dramática.

—Después hay que meterse en casa, porque una vez que han dado las nueve es el espíritu del Mal y no Dios quien reina en los campos.

Bien, pero ¿qué ocurre?

—Ah, horrible, sencillamente horrible.

Bebió un nuevo vaso de aguardiente y lo alargó para que se lo llenasen.

—Todo aquel que dando las nueve no esté en su casa, al amparo de Dios y de los Santos, corre peligro de caer en las garras del Espíritu del Mal.

—Pero, ¿quién es ese Espíritu del Mal?

—Un demonio.

—¿Y por qué ese demonio reina aquí y no en otros lados?

—Porque... —hizo otra pausa—, porque este pueblo cometió un terrible crimen hace muchos años y fue condenado a que una noche al año, precisamente el día de la fiesta, sería sometido al Espíritu del Mal.

—¿Qué crimen?

—Mataron a un santo hombre que predicaba. Un discípulo de San Basilio. Fue muerto por los aldeanos, que lo empalaron. Por eso se les castigó.

—¿Alguien ha visto a ese Espíritu del Mal?

—Pues... yo no, desde luego. Y no porque crea en esas cosas, pero... más vale no arriesgarse, ¿verdad? Porque, además, el que lo ve, no lo cuenta.

—¿Qué le ocurre?

—Pues... se dice que se convierte también en demonio.

—Nada menos —dijo rápidamente Sanders en inglés—. Y eso tiene que ser a las nueve en punto, ¿no?

—Sí, señor. A las nueve en punto. El campanero debe tener mucho cuidado. Hace revisar su reloj varias veces, porque ¿y si se atrasa un poco? Cualquiera podría ser cogido en el campo, de vuelta a su casa. Hay que llevar mucho cuidado.

Bebió de nuevo. Lord Gore se tapó la boca para no reír,

—Bien, ¿qué hacemos? ¿Honramos a estos aldeanos con nuestra presencia?

—No me lo perdería por nada del mundo —afirmó Jane, con los ojos relucientes.

—Decidido, pues. Pero tan pronto como acabe la fiesta, levataremos el vuelo.

Fumaron aún unas pipas. Las jóvenes se marcharon a la habitación que compartían y Sanders invitó a una ronda a los campesinos. Luego se dirigió a la cocina. Dos muchachas estaban ocupadas en bordar algo en una blusa. Lo miraron interrogativas. Sanders había echado el ojo a una de ellas, la hija del posadero Vklav. Era una muchacha robusta, como la mayor parte de las eslovacas, de cara redonda y pechos abundantes que desbordaban el corpiño.

—¿Irás a la fiesta? —preguntó en su vacilante alemán. La joven rio y afirmó con la cabeza.

—Y, ¿bailarás conmigo?

—La costumbre es bailar solamente con los hombres del pueblo.

—Bueno, pero quiero que me prometas un baile.

—¿Qué?

—Un baile. Bailarás conmigo un baile.

—Oh, creo que no, señor. No es costumbre.

La otra muchacha reía escuchando la conversación sin comprender. Pero la hija de Vaklav, en rápido eslavo le informó. Se tapó la boca y dijo algo.

—¿Qué estáis charlando?

—Dice que las muchachas no bailan con los forasteros.

Sanders lanzó su gran carcajada.

—Bueno, ya veremos mañana.

Y como la hija del posadero se había puesto en pie para pasar ante él, le puso la mano en el talle. La atrajo hacia sí para besarla en los labios, pero la joven se escabulló, sin dejar de reír. Sanders estaba algo acalorado por los vasos de fuerte aguardiente que había bebido.

—Subiré a tu cuarto esta noche —le dijo rápidamente en alemán.

No hubo respuesta.

Volvió al salón. Lord Gore bostezaba ostensiblemente.

—No sé lo que pensaréis, pero yo me voy a la cama —dijo—. Si cama puede llamarse a ese hediondo amasijo de lana maloliente.

Subió al piso. Sanders bebió aún un vaso más, mientras Philips tomaba rápidas notas en su inseparable cuaderno. Por último, Vaklav cerró la posada y cogiendo una vela hizo una inclinación.

—¿No se acuesta el digno señor? —preguntó a Sanders. Este asintió distraídamente. Acababa de ver a la hija subiendo la escalera.

Cuando quedaron solos los dos ingleses, miró a Philips.

—Creo que yo también voy a dormir —dijo.

—Cuidado con esa moza —le respondió el otro sin levantar los ojos del cuaderno—. ¿Por qué no dedicas tus atenciones a Margaret, por ejemplo?

—Todo a su debido tiempo y cada cosa en su sitio —fue la respuesta—. Un poco de jolgorio con esa labriega no me vendría mal.

—Puede tener un novio tan alto y tan fuerte como tú.

—Pero no tan oficial escocés —fue la respuesta.

—Thomas, por favor.

—Tú calla y sigue emborronando cuartillas. Déjame a mí los placeres menos intelectuales. Y, por cierto, ¿cómo van tus cosas con Jane?

—Nada hay entre ella y yo.

—Pues no será porque no te mire con la misma expresión de...

—Cállate.

—Bueno, que te diviertas.

Sanders cogió una vela y se dirigió a la escalera. Por una ventana contempló el pueblo dormido. Sólo algunas luces brillaban en las ventanas.

Se dirigió al cuarto de la hija de Václav.

CAPITULO 2

L

A calle, al día siguiente, ya presentaba el aspecto propio de la fiesta. Había paños coloreados en las ventanas y por primera vez vieron Martin Philips y Jane los trajes de gala esclavos, de colores vivos y muy bordados.

—Pero, fíjate —dijo la muchacha inglesa—. Fíjate en las caras.

En efecto. Las caras estaban serias. Lo lógico hubiera sido ver reír a las jóvenes, que formaban grupos en la calle. Pues bien, sus facciones, bastas la mayoría de ellas, pero con saludables colores, estaban fijas en una mueca que quería ser una sonrisa, pero que no lo era.

—¿Habrá algo de cierto en lo que dijo ese hombre? —preguntó Jane—. Yo he visto a las austríacas, a las suizas, a las italianas, cuando llegan estas ocasiones y te aseguro que tenían un aspecto muy distinto.

—Yo también —respondió Martin.

Habían salido los dos solos, muy temprano, y ni siquiera se habían detenido a desayunar.

Por la calle llegaba un carro, tirado por dos bueyes. Sobre él dos jóvenes robustos habían colocado un cerdo vivo, vestido a la usanza eslovaca, y al que obligaban a permanecer quieto, ridículamente erguido.

Los ingleses sonrieron. Luego vieron al cura que salía de la iglesia, y se acercaron a él. Los miró con sus infantiles ojos azules y les saludó con un «Guten Morgen» gutural.

—Padre —dijo Martin—. ¿Podría hablar con usted? Somos ingleses y queremos que nos hable de la fiesta.

—¿Ahora? Estoy muy ocupado, señor. ¿Qué quiere saber?

—Anoche escuchamos una historia... se refiere a la costumbre de encerrarse en las casas tan pronto dan las nueve, porque un espíritu...

—¿Un espíritu? ¡No! El Espíritu del Mal, señor, el Espíritu del Mal. Sí, es cierto.

—Pero... la tradición ¿es muy antigua?

—Mucho. Los habitantes de este pueblo, que eran paganos, mataron al santo Makar, discípulo de San Basilio. Lo crucificaron. Y por eso fueron castigados. Pero, debo marcharme. Tengo que presidir la procesión de las bendiciones.

—¿Podré hablar con usted de ello más tarde?

—Tal vez, tal vez. No lo tome a desatención, señor, pero estoy muy ocupado.

Y se marchó. Vieron su pequeña figura negra perderse en la esquina.

Volvieron a la posada, donde sus compañeros estaban ya desayunando. Martin se fijó en la hija del posadero. Tenía las mejillas enrojecidas y evitaba mirar a Tom Sanders mientras le servía. Se preguntó si el teniente habría conseguido sus propósitos la noche anterior.

—Bueno, ¿qué hacemos?

—Unirnos a la manifestación que se está formando.

La calle ya estaba llena de gente. Se colocaron en una de las filas, y vieron cómo el cura, con una cruz en la mano, encabezaba la manifestación.

Esta recorrió una de las calles y salió al campo.

—Pues sí que se divierten —dijo Sanders con la pipa en la boca—. Mira esas caras. Más parece un funeral que otra cosa.

Un grupo de viejas les seguía, rezando en voz baja. Todas llevaban crucecitas en las manos y las besaban de vez en cuando.

Un grupo de hombres de mediana edad llevaba una especie de angarillas, y en ellas algo que no pudieron ver. Martin se acercó para echar una ojeada. Lo que vio fue un bulto de ropas, pero no lo que había dentro.

Los campos, ya segados, se extendían ante ellos. El pueblo estaba en un valle estrecho, y los campos llegaban hasta las estribaciones de los montes. Los entramados que sujetaron las plantas de lúpulo mostraban sus esqueletos de palo.

La procesión recorrió todos los campos. El cura cada poco tiempo agitaba su cruz señalando a los cuatro puntos cardinales.

—Divertidísimo —observó Horatio Gore—. Y pensar que quizá en este momento las tropas búlgaras están cosiendo a bayonetazos a las turcas... Queridos, mañana mismo levantamos el campo. Por lo menos pienso hacerlo yo, aunque sea solo. Esto es más aburrido que las recepciones de lady Wanderer.

Algunas mujeres habían comenzado a cantar, afinadamente. Eran hermosas voces esclavas, que los hombres contrapuntearon enseguida. Aquello prosiguió durante dos horas, y luego todos los labradores, siempre en dos líneas paralelas, volvieron al pueblo.

—¿Esto es todo? —preguntó Martin Philips al posadero Vaklav.

—Oh, no señor. Ahora las mujeres llevarán la comida al campo y luego vendrá el baile.

Hizo una pausa.

—¿Los señores y las señoras comerán aquí, o en el campo?

—Yo iré al campo —respondió Martin—. Ya que estamos aquí no

quiero perderme nada. Pero comeré aquí.

—Te acompaño —dijo Jane.

—Yo no, hasta que comience el baile —intervino Sanders—. Voy a dormir un poco la siesta después de comer.

La hija de Vaklav apareció con una bandeja llena de platos con comida. Cuando pasaba junto a Sanders, éste la miró sonriendo y la joven enrojeció aún más. En el rostro del gigante pelirrojo había una expresión socarrona que no escapó a Martin.

Margaret, la americana, le pidió a Martin que le dijera a la joven si podía venderle su blusa bordada. Martín lo hizo, pero la hija de Vaklav movió la cabeza negativamente. Sus rasgos se habían endurecido.

Aquella tarde, a las tres, Martin y Jane salieron al campo. Entre los amarillentos rastros brillaban los colorines de los trajes. En un espacio abierto había ya varios músicos con violines, flautas y balalaikas, y los jóvenes se iban congregando frente a ellos.

Lord Gore y Margaret aparecieron también. Se sentaron en el suelo. Un poco después llegó la hija de Vaklav, y detrás de ella, Sanders, con el aspecto del gato que se ha comido el canario, sin que existan pruebas de ello.

Y Martin vio también algo más. Un joven de alta estatura y brazos gruesos, miraba al escocés y a la chica con gesto adusto. ¿Un novio? Martin se alegró sabiendo que al día siguiente se marcharían de allí.

El baile comenzó. Los pies calzados con botas hicieron retumbar el suelo en una salvaje danza eslava.

—Como siempre —dijo Martin a su compañera—. Observa cómo los hombres parecen luchar entre sí por la atención de la mujer, mientras ésta aletea inconstante. Sólo se decidirá cuando uno de ellos quede vencedor.

—Tan antiguo como el mundo —respondió la inglesa—. Ocurre en todas partes.

Las jóvenes eslovacas giraban en un círculo, mientras los hombres lo hacían en un anillo exterior. Ellas les lanzaron cintas de las que los jóvenes se apoderaron, y por un momento pareció que todas las cintas se anudarían, se armarían un lío, pero con gran seguridad los bailarines fueron desenredándolas, siempre sin dejar de golpear el suelo con fuertes golpes de sus botas.

Sanders había bebido bastante.

—Cuando esto acabe les mostraré lo que es una buena «jiga» escocesa —dijo.

—No lo hagas —recomendó Martin—. Fíjate en sus rostros. Ni uno solo sonrío. Esto no me gusta. No es natural. Los jóvenes deben divertirse.

El cura había aparecido junto a ellos. Llevaba un alto gorro y

ropas talares.

—Padre, ¿por qué la gente no está alegre? —preguntó Martin—. Eso no es natural. Es gente joven...

—No tienen ningún motivo para estar alegres. A la hora mejor, cuando en otros lugares los jóvenes se divierten, se forman parejas, cuando sale la luna, ellos, los de aquí, deben encerrarse en sus casas y esperar el canto del gallo.

—Bueno, pero, ¿por qué no cambian la fecha de la fiesta?

—Fueron castigados, señor, fueron castigados a que no tuvieran nunca fiesta. Cualquiera día que eligieran, el Espíritu del Mal se apoderaría de los que a las nueve no estuvieran a cubierto.

—Padre, ¿le ha ocurrido algo a alguien alguna vez por quedarse fuera de esa hora?

—¡Claro que sí!

—¿Qué le ocurrió?

—Cosas horribles. El demonio se apoderó de ellos, de sus cuerpos y condenó sus almas al fuego eterno.

—¿Usted lo vio?

—Una vez, un pastor.

—¿Y qué le ocurrió?

—Cosas horribles. Se convirtió en un demonio.

Le volvió la espalda y se alejó. Jane estaba ligeramente emocionada.

—Pobre gente —dijo—. Esto es... anormal completamente. Tanta juventud y míralos, como si estuviesen... Oh, me alegraré cuando nos marchemos.

Luego bajó la voz.

—¿Qué ocurre con Tom? ¿Qué le ocurre?

—Está un poco borracho.

—No es eso sólo. Algo ha ocurrido entre esa muchacha y él. Y hay un joven... aquel rubio de la nariz aplastada... No me gusta nada cómo mira a Tom. Creo que me alegraré mucho cuando mañana emprendamos el viaje.

En ese momento oyeron a Gore y a Sanders.

—Por mí —dijo Horatio—. Siempre será algo nuevo. De acuerdo.

—¿Qué es ello? —preguntó Jane.

—Nos quedaremos a las nueve en el campo. Les demostraremos a estos atrasados labriegos que no hay nada que temer.

—No creo... —comenzó Martin.

—¿Qué te ocurre? No creerás esas tonterías, ¿verdad? —preguntó Sanders.

—No, por supuesto, pero no debemos ofender los sentimientos de esta gente. Si nos quedamos fuera del pueblo y nada ocurre, ¿qué pensarán ellos? La superstición tiene demasiados años como para que

renuncien a ella de pronto, pero eso les crearía un conflicto.

—Lo que me importa bien poco. Vosotros os quedaréis también, ¿verdad?

—No me perdería eso por nada del mundo —dijo Margaret, con los ojos brillantes.

—Pues no hay más que hablar.

Hacia las seis se encendieron hogueras y se asó carne. Los jóvenes y las muchachas cantaron en bien armonizados coros, pero siempre con aquel aspecto un poco ausente. Algunas parejas, aprovechando que ya el sol se iba a ocultar tras de los montes, se alejaron un poco. Sanders se aproximó a la hija del posadero, pero al instante, el mozallón rubio se interpuso y se llevó a la muchacha del brazo.

—Bueno —dijo el teniente de la guardia—. Eso sí que se llama hacerme un quite.

—Deja a la chica —aconsejó Martin—. Ese hombre debe ser su novio.

—Yo no quiero casarme con ella.

—Seguramente no se lavará lo suficiente —afirmó Margaret, haciendo como si olfatease algo desagradable—. La cara que pusieron cuando les pedimos los baños...

Pero Sanders, pese a su sonrisa, tenía el ceño ligeramente fruncido mientras contemplaba a la hija de Václav y a su acompañante. Martin deseó que el día siguiente hubiera llegado ya,

Luego, al cabo de un rato, las canciones lo adormecieron ligeramente. Cuando se dio cuenta la música había cesado y la campana de la iglesia tocaba lentamente, con campanadas graves y cadenciosas.

La gente comenzó a recogerlo todo. Martin miró su reloj. Eran las ocho y media. En la cara de los campesinos eslavos vio un gesto extraño, como si de pronto se sintieran algo intranquilos.

Jane lo había observado también.

—Parecen aliviados —dijo—. ¿Será verdad que esta fiesta es para ellos una especie de... purgación?

—Tal vez. Purificación quizá fuese la palabra mejor. Y, Jane, no me gusta lo que pretenden los demás. Las creencias y sobre todo cuando son ancestrales, tienen mucha fuerza. No se debe jugar con ellas.

—¿Crees que hay peligro?

—No, naturalmente que no. Pero sí que ellos lo creen así y que se comportarán con arreglo a sus creencias. No temo a lo sobrenatural. Sólo a lo natural, y lo natural es que si nos burlamos de sus creencias, pueden ponerse... difíciles. Pero, ¿qué es esto?

Las parejas de jóvenes que se habían desperdigado, volvían con apresuramiento. Dos muchachos trajeron las angarillas en las que

había aquella cosa que hasta ahora no habían podido ver y las depositaron en el suelo.

El cura avanzó, pausadamente, y mientras los hombres y las mujeres recogían los palos en los que se habían sustentado las plantas de lúpulo y las amontonaban en una pira, levantó los trapos que cubrían el objeto.

Los cinco ingleses se adelantaron a mirar.

—Oh —dijo Jane.

«Aquello» era algo peludo, evidentemente de fieltro o guata y apenas tenía forma. Una especie de bola vellosa, pero... había una cara en ella. Al menos, lo parecía. Un esbozo de boca, muy roja, como si...

—Como si estuviera sangrando —dijo Olivia.

Luego, dos ojos oblicuos, rojizos también y con una expresión que resultaba incluso malvada. Recordaban las pupilas de un cabrón,

—¿Qué es esa porquería? —preguntó Sanders.

El cura había llegado hasta las angarillas. Llevaba en las manos unas tenazas con las que cogió el objeto. Mientras tanto, el fuego había prendido ya en el montón de palos y las llamas se elevaban rugiendo hacia el cielo.

El cura pronunció unas palabras en eslovaco y lanzó al muñeco sobre el fuego. Como si hubiera estaba impregnado de alguna sustancia inflamable, comenzó a arder al instante.

Luego, los campesinos se pusieron en fila y fueron escupiendo en la hoguera. Por último, se cogieron las manos y comenzaron a bailar en círculo alrededor del fuego, lenta, ritualmente.

—Pues muy bien —dijo lord Gore—. Instructivo, ¿eh? ¿Qué crees que están haciendo, Martin?

—Escupiendo —respondió Philips—. Y bailando.

—Eso ya lo he visto. Pero quiero decir...

—Probablemente están quemando al espíritu del mal.

—En ese caso ya no hay peligro, ¿no?

—O... conjurándolo —siguió Martin—. No lo sé.

—Podemos preguntárselo.

Martin intentó hablar con el cura, pero éste se encogió de hombros y no le contestó.

Las campanas seguían sonando, esta vez más aceleradamente. Los campesinos terminaron su baile y Martin miró su reloj nuevamente: las nueve menos cuarto.

El cura se puso en marcha, con la cruz en alto, y volviendo la cabeza hacia atrás. Le siguieron las mujeres y luego los hombres. Un momento después, todos ellos se perdían de vista en el camino, hacia el pueblo.

—Muy bien —dijo lord Gore—. ¿Qué hacemos?

El sol se había ocultado definitivamente tras de las montañas. Las

sombras se alargaban, pero aún quedaba un resplandor azulino en el aire.

—Avivar esa hoguera —dijo Sanders—. Venga luz, más luz.

Comenzó a echar palos al fuego. Con uno de los palos hurgó un instante y sacó un objeto que humeaba: el muñeco o lo que quiera que fuera.

—Caramba, qué lástima que se haya quemado —dijo—. Podríamos guardarlo como recuerdo.

La campana cesó bruscamente. Tan bruscamente que todos se sobresaltaron. Martin lanzó una ojeada a su reloj. Las nueve en punto.

—Hace un poco de frío —dijo Margaret—. ¿No lo notáis?

—Las nueve —dijo Martin—. A esta hora es cuando el Espíritu del Mal sale de su guarida y se posesiona de «esto». Eso es lo que creen ellos.

Del bolsillo de su chaqueta de «tweed» con coderas, Sanders sacó un frasco aplastado.

—Whisky —dijo—. ¿Quién quiere un buen trago? Hay para todos.

Gore bebió, pero las muchachas se negaron. Margaret volvió a quejarse de que había frío.

—Bien, creo que ya podemos volver —dijo Jane.

—¿Qué? ¿Tan pronto? Aún no hemos visto a ese espíritu. Oh, espíritu, si andas por ahí, déjate caer y echa un trago.

—Tom, no seas estúpido —exclamó Jane—. No necesitas hacer tonterías. Estamos sólo nosotros.

—¿Solos? —preguntó Horatio—. Se supone que ya debe andar el Demonio adueñándose de esto.

El delicado azul, final del día, se había tornado casi negro. Una nube que hasta entonces no habían visto, parecía cabalgar sobre los picos de la montaña.

—Habrá tormenta, creo —dijo Martin—. Podemos volver.

—Al demonio con todo —Sanders estaba bebiendo de nuevo—. Los escoceses no tememos a los fantasmas. Tenemos demasiados en nuestra tierra.

Y lanzó un alarido montañés, el retumbante slogan de las tribus celtas.

La nube se agrandaba rápidamente. Una luz rojiza había aparecido tras de los Tatra. Era una luna enfermiza,

—Si no volvemos nos va a pescar la tormenta —insistió Jane.

—Tengo frío —insistió Margaret—. ¿No lo notáis?

¿Sería un reflejo de aquella luna casi escarlata? En el interior de la nube parecía haber también un resplandor rojizo. Jane se lo mostró a Martin. Los dos se miraron.

—¿Qué diablos es esto? —preguntó Sanders.

—¿Qué cosa?

—Ah, sí, es uno de los ojos del muñeco. Ya lo tengo. Demonios, ¡cómo quema!

Lo soltó. El ojo, de cristal seguramente, brillaba en el suelo. Sanders se agachó para recogerlo de nuevo.

—Me lo llevaré como recuerdo —dijo.

La nube ocupaba ya casi todo el cielo, pero curiosamente, respetaba la luna. Esta seguía elevándose sobre el horizonte, llena, y sin perder aquel color sangriento.

—Bien —dijo Gore, aburrido—. Creo que podemos volver. Tengo ganas de tomar una cerveza.

—¿No lo notáis? —dijo Margaret—. Hace mucho frío.

Sanders la cogió de la mano. La muchacha lanzó un grito.

—Tienes la mano ardiendo se quejó.

—Claro, porque he cogido el ojo con ella.

—La otra también. Estás muy caliente.

—Bueno, ¿no te quejabas de frío? Puedo ponerte las manos debajo de las ropas y de esa manera...

—Tom, ya está bien —dijo Jane, sorprendida.

—¿Por qué? ¿Hay algo más natural? Le meto las manos bajo la falda y la caliente.

—¡Ya está bien! ¡Estás borracho!

—Pues... ¡no me toques, Tom! —Margaret había levantado la voz. Pero en ella vibraba algo que hizo alertarse a Jane. Era como si... como si en lugar de rechazar las caricias del escocés, estuviera... invitándole.

—Vámonos —dijo Martin, exasperado—. Vámonos ya. Jane, ven.

Oyeron la risa ronca de Sanders y los grititos sofocados de Margaret.

—Es... indecoroso, es obsceno —dijo Jane echando a andar tras de Martin. Este la cogió del brazo. Horatio Gore reía incansablemente, como si algo le hiciera mucha gracia.

Y dentro de la nube estalló un trueno sofocado. ¿Ilusión? A Martin te pareció que aquel trueno sonaba como el eco de las risas.

Luego, Sanders y Margaret aparecieron ante ellos. El fuego se extinguía en la hoguera.

—Margaret —dijo Jane—. Esto es... Te estás comportando como...

—Cállate, no seas mojigata.

—Nunca lo he sido.

—Pues no lo finjas entonces. Tú también hiciste las mismas cosas que todas nosotras en Saint Mary. ¿O es que no te acuerdas?

—¡Estás borracha!

—Y tú celosa.

Las dos jóvenes se enfrentaban como dos gallos furiosos. Martin se interpuso.

—Basta —dijo.

—¿Por qué no las dejas? —preguntó lord Gore—. Sería curioso saber qué hacían en los dormitorios del colegio.

—¡No seas imbécil!

Martin se apoderó del brazo de Jane y tiró de ella. Detrás sintieron los pasos de los demás que andaban. Margaret se reía como se ríen las mujerzuelas de Picadilly cuando van a la caza de clientes.

CAPITULO 3

L

AS calles del pueblo estaban completamente vacías. Las ventanas tenían los postigos cerrados y a través de ellos no se filtraba ni una luz. Ni un gato, ni un perro en la calle. A las diez de una noche de verano aquello resultaba extrañísimo.

A no ser por el humo que se escapaba por alguna de las chimeneas, parecería que el pueblo había sido completamente abandonado.

Martin miró a lo alto. La nube seguía allí, fija, ocupando casi todo el cielo visible, excepto la parte en que la luna brillaba, amarillenta ahora.

Margaret continuaba lanzando pequeños grititos que ponían los nervios de punta a Jane. Sanders reía con fuertes voces de borracho.

Cuando llegaron a la posada, la enorme puerta de roble claveteada de ésta estaba cerrada. Lord Gore la golpeó con el puño.

—¡Eh, Vaklav! —gritó—. ¡Vaklav! ¡Vamos, abran! ¡Estamos aquí! Nadie respondió.

—¿No me oyen? ¡Abran ahora mismo!

Silencio.

—Estos imbéciles no pueden estar dormidos —dijo Sanders golpeando a su vez con el fuerte puño—. No han tenido tiempo siquiera de acostarse.

—No, no están dormidos —dijo Martin, lentamente—. Están asustados.

—Bueno, que lo estén, pero que abran ahora mismo.

Y dio grandes voces al tiempo que golpeaba de nuevo la puerta.

Silencio.

—Esto es inaudito —dijo lord Gore—. Simplemente inaudito. Dirás lo que quieras, Martin, pero no vamos a dormir al raso porque unos patanes tengan miedo. Antes echaremos la puerta abajo.

—¿Con qué?

Sanders ya estaba buscando algo para golpear. Incluso para su recio puño, el roble viejo resultaba demasiado fuerte.

Pero nada había. Ni un leño, ni un trozo de hierro, nada, excepto...

—Una piedra —dijo el escocés—. Ahora verán.

Levantó un canto de gran tamaño y lo lanzó contra una de las ventanas. Los postigos resistieron, pero el ruido fue atronador en el

silencio de la calle.

Silencio.

—¡Voy a echar la maldita casa abajo! —gritó Sanders—. Pero, ¿van a abrir o no, malditos cerdos?

—¿Crees de veras que vas a obligarles a abrir insultándolos? —preguntó Martin con acento exasperado—. Estás loco, si lo piensas. Además, ellos están en su casa, no lo olvides.

—Pero nosotros tenemos nuestros derechos —dijo Gore—. Hemos pagado y deben abrir esa puerta y darnos la cena.

Sanders había tirado otros dos guijarros de gran tamaño. Los fuertes postigos no sufrieron ningún daño, por supuesto. Margaret comenzó a maldecir en voz alta, diciendo que tenía frío y que no quería dormir en la calle.

—Voy a buscar algo para echar esa maldita puerta abajo —dijo Sanders—. Un pico, cualquier cosa. Y juro que le retorceré el cuello a ese maldito patán de posadero. ¡Le colgaré por los testículos! ¡Somos súbditos ingleses y no se van a burlar de nosotros!

Pero nada había de lo que echar mano para destrozarse la entrada. Todas las puertas cerradas, incluso las de los establos.

Se miraron unos a otros. Martin adelantó un paso.

—¡Vaklav, escuche! Sé que está oyéndonos, lo mismo que todos los vecinos. Necesitamos entrar. Nosotros no tenemos la culpa de sus costumbres. Pueden ustedes abrir la puerta, entraremos y volverán a cerrarla. Compréndalo. Vamos, *pan* Vaklav.

Nada. Silencio absoluto.

—Ese hombre está loco —insistió Margaret—. Cuando nos quejemos a nuestros cónsules sabrá lo que es dejar a ciudadanos británicos y norteamericanos fuera de su piojosa posada. ¡Emplearé todo el dinero de mi padre para hundir a estos asquerosos!

—Es inútil —dijo Martin—. Cuando no han abierto ya, no lo harán jamás.

—Pues entonces, ¿qué hacemos? —preguntó Jane.

—Dormir en cualquier parte. Al canto del gallo, esas puertas y esas ventanas se abrirán.

—¿Dormir al raso?

—No será la primera vez que lo hagamos. Lo hemos hecho muchas veces.

—Es una cuestión de principios —adujo Horatio—. No podemos permitirlo.

—Esa es una afirmación retórica. No podemos permitirlo, pero así es.

Jane dio la única muestra de sensatez al decir.

—Queda la iglesia. Una noche se pasa pronto y mañana hablaremos con esa gente.

—La iglesia —dijo Martin—. Sí, es una idea.

Se dirigieron a ella. Estaba cerrada. Sanders golpeó la puerta. Al cabo de un momento, una ventana se abrió sobre sus cabezas. En ella, enmarcado por la luz de la habitación y con una cruz en la mano, que sostenía junto al marco, estaba el cura.

Martin se adelantó y le explicó lo que ocurría.

—No han debido ustedes hacer eso —respondió el sacerdote—. Ya se lo advertí.

—Bien, padre, pero eso no cambia las cosas. No tenemos dónde dormir. Quisiéramos que usted nos dejase hacerlo en la iglesia.

Hubo una vacilación en el sacerdote.

—El pueblo no me permitiría hacerlo —observó—. Pero pueden dormir en el atrio. La noche es tibia.

—¿Quiere decir que no nos abrirá las puertas?

—No puedo hacerlo. Duerman en el atrio.

Y la ventana se cerró.

Sanders se echó a reír a carcajadas.

—Bien, dormiremos en el campo. No creo que llueva.

—Pero esto es absurdo —declaró Margaret—. ¡No quiero dormir en el campo! Obligadle a ese hombre a que abra.

—No será fácil —observó Martin—. Más vale que nos acomodemos aquí.

El trueno retumbó de nuevo sobre ellos. Sanders cogió a Margaret por la cintura y murmuró unas palabras a su oído. La muchacha chilló de placer.

—¿Vamos al campo o nos quedamos aquí? —preguntó Jane a Martin. Este se encogió de hombros.

—Tanto da, pero creo mejor quedarnos aquí por si llueve. Al menos no nos mojaremos.

Sanders y Margaret habían desaparecido. Lord Gore observó a Jane y a Martin con mirada crítica.

—Me quedaré con vosotros. No quiero que os sintáis tentados de hacer lo que Tom y Margaret.

—¿Qué es lo que van a hacer? —preguntó Jane. Luego se mordió la lengua—. No debería haber hablado.

—Imagínatelo. Y en recinto sagrado —fue la cínica respuesta—. Y no les culpo. Al fin y al cabo, ese cura no se ha portado muy cristianamente que digamos.

—Pero es, es... —dijo Jane—. Eso es...

—Tal vez, pero... ¡helas!

Y se sentó junto a ellos.

—Tengo —dijo Jane— ganas de chillar. Estoy tratando de contenerme, pero tengo ganas de chillar. Hay algo en el aire...

—Chilla —aconsejó lord Gore—. Chilla cuanto quieras.

El trueno retumbó. Era un trueno extraño, como una risa, la risa de un borracho o de un bronquítico. Martin alzó los ojos al cielo. La nube cerraba el cielo pero... ¿serían sus ojos? Una mancha rojiza, justo en el centro de la nube, se asemejaba extrañamente al ojo del muñeco que los campesinos habían quemado, Sin saber por qué, repentinamente, se sintió lleno de ira.

—Pero, ¡qué ocurre! ¿Qué es lo que nos ocurre?

—No me importa confesar que tengo miedo —dijo Jane suavemente—. Nada de esto es normal. No podemos haber vuelto a la Edad Media de pronto.

—No veo por qué no —respondió lord Gore desde la oscuridad—. Simplemente, parece que en efecto el diablo estuviera suelto esta noche. Mirad esa nube. Hasta el cura tiene miedo.

Se sobresaltaron. Habían oído pasos precipitados que se acercaban, Margaret apareció, corriendo. Jadeaba.

—¿Qué te ocurre? —preguntó Martín poniéndose en pie. A la luz de la luna vieron sus ojos agrandados, el pelo suelto y desgredado.

—¡Está loco! ¡Os digo que está loco!

Sanders llegaba tras de ella.

—Si te has creído que vas a jugar conmigo, yo te demostraré lo contrario. ¡Vamos, ven!

—¡No quiero!

—Si no lo hubieras excitado —dijo Horatio—, tal vez no hubiera ocurrido esto. Paga ahora.

—¡No quiero!

Martin se interpuso cuando Sanders intentaba coger a Margaret por los hombros.

—¡Vamos, quieto!

Margaret se había pegado a la puerta de la iglesia. Se puso a gritar.

Sanders, sujeto por Martin, pareció recobrar algo de su cordura.

—Oh, al demonio. Otras habrá.

—¡Ha querido violarme! —jadeó Margaret.

—Sí, y no es culpa mía si no lo he conseguido.

Hubo un silencio.

Martin miró a la nube. Permanecía siempre allí, oscura, amenazadora.

—¿Será posible? —preguntó en voz baja—. ¿Es posible que «eso» pueda ocurrir?

La noche fue transcurriendo. Jane, apoyada en Martin dormitaba. Sanders había desaparecido y Horatio Gore permanecía silencioso. Sólo Margaret sollozaba en voz baja hasta que por último, Martin le dio su chaqueta para que se abrigase un poco, ya que se quejaba continuamente de frío.

Y por fin, hacia las cinco, un gallo cantó, Otro te siguió casi inmediatamente. Luego otro y otro.

Martin se despezó. Se le habían dormido los miembros. Miró al cielo. La luna se había puesto hacía ya tiempo. Y la nube se iba desflecando, aunque persistía en su centro aquella mancha rojiza. Luego, poco después, el cielo apareció estrellado,

Y por oriente, sobre las montañas, se divisó un resplandor rosado,

Súbitamente se sobresaltaron. Encima de ellos se oyó el estruendo de la campana. Repicaba rápidamente.

—El día —dijo Martín. Se puso en pie. Los demás hicieron lo mismo y lentamente, arrastrando los pies, se dirigieron a la posada,

Sanders, que había aparecido hacía unos instantes, golpeó la puerta. Se oyeron dentro ruidos que indicaban que alguien estaba ya despierto y la puerta se abrió.

El posadero, con un quinqué en la mano, apareció en la puerta.

Sanders se lanzó hacia él.

—Maldito hija de perra —gritó—. Te voy a enseñar a dejarnos en la puerca calle.

Pero el posadero llevaba algo más que el quinqué. Sostenía en la otra mano una pistola antigua, de chispa.

—¡Quieto, Tom! —ordenó Martin—. ¡Quieto, loco!

Y dirigiéndose al posadero le preguntó en alemán por qué habían hecho aquello. El hombre respondió. Estaba ligeramente pálido, pero parecía resuelto

—Ya les avisamos que no debían quedarse en el campo. Ustedes lo hicieron. Yo no tengo la culpa, ni nadie tampoco. Sólo ustedes.

—¡Lo voy a matar! —gruñó Sanders.

—Dígale a su amigo, señor, que sí se le ocurre tocarme, dispararé —dijo Vaklav—. Y les ruego que se marchen cuanto antes.

Martin tradujo. Lord Gore adelantó un paso.

Habló empleando su tono más despectivo.

—Escuche —dijo—. Nos marcharemos tan pronto como descansemos y hayamos comido, pero no antes. Y si intenta echarnos, lo va a sentir. Somos ciudadanos británicos. Y ahora que nos preparen algo de comer. Házselo saber bien claramente, Martin.

Este lo hizo. El posadero se apartó y les dejó pasar.

Aquella tarde, cuando ya estaba dispuesto el coche, Vaklav se acercó a Martin con la cuenta. Habían comido y dormido.

—Lo siento mucho, señor, pero no es culpa mía. No debieron ustedes quedarse en el campo y nada habría ocurrido.

Lord Gore cogió la cuenta de manos de Martin y la revisó.

—No le pagaremos el último día —dijo.

Vaklav se encogió de hombros, como si aquello tuviera poca importancia. Era evidente que deseaba verlos marchar cuanto antes.

Lord Gore pagó. Había una sonrisa despectiva en su boca.

—Una experiencia más a añadir —dijo.

En este momento oyeron el grito sofocado en la cocina. La hija del posadero apareció corriendo. Sanders iba detrás.

—¡Tom, por el amor de Dios! dijo Martin, —exasperado—. ¡No empeores las cosas! ¿Es que te has vuelto loco?

La muchacha se había refugiado tras de su padre. Este sacó de debajo de su delantal la pistola.

—¡Fuera de mi casa! —dijo—. Hay policía y nosotros tenemos nuestros derechos.

—No intentaba sino darte un beso —dijo el oficial escocés—. Al diablo. Vámonos.

Pero aun no iban a hacerlo. El robusto joven que la tarde anterior había estado con la hija de Václav apareció en la puerta. Por ésta, que estaba ahora abierta, pudieron ver cómo había mucha gente en la calle.

—Esto se pone un poco feo —dijo Martin—. Vámonos sin armar más escándalo.

Fue tan rápido que apenas pudieron darse cuenta de cuándo comenzaba. El muchacho eslovaco se precipitó sobre Sanders y le dio un violento cabezazo en el pecho, lanzándolo hacia atrás.

Sanders estuvo a punto de caer al suelo, pero era un hombre muy fuerte y tenía sobre su contrincante la ventaja de saber boxear. Detuvo la nueva carga del otro con un corto golpe. Lo separó de sí y le conectó otro «swing» a la mandíbula. El joven salió trastabillando por la puerta abierta, hasta la calle, y el escocés lo siguió hasta allí.

—¡Tom! —ordenó Martin.

Pero el oficial estaba como loco. Golpeaba y cuando su contrario cayó al suelo, se le fue encima y le cogió por el cuello.

—¡Lo va a estrangular! —chilló Jane.

Martin ya había corrido a tratar de separarlos. Pero los hombres del pueblo llegaron antes. Entre varios cogieron a Sanders y lo levantaron en vilo. En sus caras, Martin leyó el odio y la ira.

Fue entonces cuando lord Gore sacó su revólver del bolsillo de la chaqueta. Su ademán calmó ligeramente los ánimos. Sanders se sacudió las mangas y la pechera de su traje.

—Vámonos —dijo Gore—. Vamos, al coche.

El carruaje, tirado por dos caballos, estaba ya en la puerta. El cochero que habían alquilado en Brno, en el pescante. Subieron a él, mientras un confuso griterío se elevaba de entre los habitantes de la población. Así salieron de ella.

—Hubieras acabado con él si no lo impiden esos salvajes —dijo Sanders, concentradamente—. Maldito bastardo, golpearme con la cabeza...

Martin no habló. Fue Gore quien lo hizo, con su habitual tono entre indiferente y despectivo:

—Sí —dijo—. Hubieras acabado con él y ellos contigo. ¿No les viste las caras? Estaban deseando matarte.

Sanders lo miró asombrado.

—¿Matarme? ¿A un oficial inglés? ¿Estáis loco?

—Lo hubieran hecho —respondió Martín—. Y podemos dar gracias a Dios que hemos salido ya de ese pueblo. Os lo advertí: burlarse de creencias de siglos puede ser peligroso. Y nosotros lo hemos hecho.

—Por otra parte —dijo de pronto Margaret—, ese mozo tenía razón. ¿Qué hacías con esa sucia lugareña?

—¿Volvemos a comenzar? —dijo Gore—. ¿Por qué no olvidáis eso? Tal vez Martín tenga razón. Pero ha sido una experiencia única. No la olvidaremos.

Tardaron tres días en llegar a Pressburg, a la que los eslavos llamaban Bratislava. Para entonces, Martin deseaba ya encontrarse de nuevo en Inglaterra. Sanders había estado ceñudo y desconsiderado todo el viaje, Margaret se quejaba de todo y sólo la compañía de Jane consolaba en parte a Oliver.

En Pressburg tomaron el tren hasta Viena. Llegaron allí en una deliciosa mañana de verano.

Deliciosa hasta que...

CAPITULO 4

E

STABAN alojados en el hotel Steiner. Aquella noche, después de cenar, Jane y Oliver salieron a dar un paseo por el Práter, brillantemente iluminado, ya que había habido un concierto. Cuando regresaron, Gore les estaba esperando. No le habían visto desde las primeras horas de la tarde.

—Estuve en la embajada para dar mi queja sobre lo ocurrido —dijo—. El embajador ha estado muy amable, pero me ha aconsejado que lo olvidemos, ya que la cosa no pasó a mayores. La situación internacional y todo eso. Al gobierno de Viena no le agradará remover el asunto. Esos pueblos eslavos son un poco levantiscos, y hay que tener con ellos algunas consideraciones al parecer. Pero Tom es el que lo ha tomado peor.

—¿Qué diablos quiere hacer? —preguntó Martin.

—Presentar la queja a la policía de Viena. Y no veo manera de impedirlo.

—Bueno, que lo haga —respondió Martin, cansado del asunto.

—Exige una reparación.

—Bueno, por exigir...

—Le ocurre algo —dijo Gore, pensativamente. Ya veríais que no se comportó de una manera normal en aquel asunto. El y Margaret se llevan como un par de gatos dentro de un saco y mucho me temo que ocurra algo.

—Bien —dijo Jane—. Y, ¿qué podemos hacer nosotros? Son mayores de edad. El comportamiento de Tom fue odioso, pero el de Margaret no le anduvo a la zaga, aun pensando que había bebido bastante.

Gore la miró con sus ojos a los que una leve y aristocrática caída les daba un aspecto de insolencia.

—Ninguno nos comportamos normalmente —respondió—. Tal vez la situación tuviera la culpa, pero lo cierto es que todos cometimos algunas tonterías.

—¿Crees de veras que algo, una fuerza extraña nos llevó a comportarnos de esa manera? —preguntó Jane.

—Estoy seguro de ello. Tom puede ser un poco salvaje, como todos sus paisanos, pero nunca le había visto hacer esas cosas. En cuanto a Margaret...

—Oh, Margaret siempre fue algo libre, pero tampoco recuerdo

que en aquellos tiempos de Saint Mary hiciese o dijese algo mucho peor de lo que se comporta un grupo de chicas.

—¿Dónde están ahora?

—Tom se ha marchado. Supongo que estará bebiendo en cualquier lugar. Y Margaret está en su habitación. La he visto hace un rato. Decía que le dolía mucho la cabeza.

—Iré a verla —dijo Jane.

Cuando entró en el cuarto de la americana, ésta tenía la luz de la mesilla de noche encendida, Margaret, envuelta en una bata de seda, se hallaba tendida en la cama.

—¿Te encuentras mal?

—Me encuentro horriblemente. Lo único que deseo es volver a casa.

—Pero, ¿qué te ocurre?

—No lo sé. Me duele la cabeza... ¡Oh!, Jane, ¿qué nos ha ocurrido?

—No sé a lo que te refieres. Si es a lo que sucedió en aquella aldea...

Margaret la miró con los ojos muy abiertos.

—A eso y a todo. Odio a Tom. Se ha comportado...

Jane estaba ya harta de aquello.

—Margaret, ¿quieres que te diga una cosa?

—Si vas a ponerte de su parte, no —respondió la otra—. Ya viste cómo me...

—Déjame que te lo diga: tuviste parte de culpa. No debiste dejarle que llegase a esos extremos.

—¡Yo! —Margaret saltó de la cama y se enfrentó a Jane—. ¿Yo? ¿Qué hice yo?

—Provocarle —respondió Jane serenamente—. Lo provocaste. O al menos le permitiste demasiado, y él se sintió provocado.

—¡Estás loca! No le permití...

Miró a Jane con los ojos entornados.

—Oh, ya veo. Os habéis confabulado contra mí, ¿verdad? Los tres ingleses contra mí.

—¡No seas absurda!

—¿Crees que no me he dado cuenta? Pero no pienso consentirlo.

Paseaba por el cuarto como una fiera enjaulada. No parecía ya acordarse de su dolor de cabeza.

—Basta con que él sea inglés para que lo defendáis. Dentro de poco seré yo quien tuvo la culpa.

—No he dicho eso. Sólo que...

—¡No quiero oír ni una sola palabra más! Y puedes decirle a ese cerdo que no pienso quedarme de brazos cruzados. Anda, corre y díselo.

De pronto se quedó parada.

—¿No has oído? —preguntó.

—¿Qué?

En los ojos de Margaret había aparecido una expresión de susto.

—¿De veras no oyes nada?

Jane tendió el oído. El estridente sonido de la bocina de un automóvil en la calle, el rechinar de los tranvías, las voces de una vendedora de pasteles...

—No, nada de particular. ¿Qué crees haber oído?

—¡No lo creo! Lo he oído. Y tú también has tenido que oírlo, estoy segura.

—Pero, ¿qué es? —preguntó Jane, exasperada.

—La risa.

—No lo he oído, pero habrá sido alguien en el pasillo o...

—¡No! No ha sido...

Miró a Jane suspicazmente.

—Nada —dijo—. Y ahora, vete. Y ya sabes lo que puedes decirle a tu amiguito...

—Díselo tú —respondió Jane, abriendo la puerta.

Fue a su cuarto para arreglarse para la cena. Cuando bajó al comedor, brillantemente iluminado, Horatio Gore, Tom Sanders y Martin estaban ya esperando.

—¿No baja Margaret? —preguntó Martin.

—No lo sé. Y si baja, tal vez sea peor. Está muy enfadada con Tom.

—Que se vaya al diablo —respondió éste—. Está deschavetada.

Los demás callaron. Tom tenía la cara enrojecida. Era evidente que había estado bebiendo bastante. Su frente estaba sudorosa, y de vez en cuando la limpiaba con el pañuelo. Gore se lo dijo.

—Debe ser el alcohol —dijo el otro—. Pero llevo toda la tarde lo mismo.

Se bebió dos grandes vasos de agua seguidos.

—Volviendo a Margaret...

—Dejémoslo —ordenó Jane—, Creo que eso es algo a resolver entre vosotros dos.

Habían resuelto que dos días después partirían rumbo a París, para desde allí ir a Inglaterra. Cuando Martin le preguntó a Horatio si ya no pensaba en trasladarse a Bulgaria, el aristócrata movió la cabeza.

—No lo sé. No me desagrada la idea, pero supongo que a ninguno de vosotros le apetecerá.

—A mí, francamente, no. Ya he tenido bastante con nuestra experiencia en Eslovaquia —respondió Jane.

—Bien, pues entonces, a París. No se hable más.

A la mañana siguiente, Tom Sanders no bajó a desayunar.

Cuando Martin entró en su cuarto, creyendo que tal vez había trasnochado y aún se estaba recuperando lo encontró en la cama y bañado en sudor.

—He estado así toda la maldita noche. Dame un vaso de agua.

Lo bebió ansiosamente y luego pidió otro. Martin lo observó preocupado.

—¿Has tenido fiebre, o algo?

—No, por supuesto que no. Solo esta maldita transpiración.

Martin llamó a la camarera y ésta cambió las ropas de la cama, que estaban empapadas. Nada en el día, aunque bastante caluroso, justificaba aquella sudoración. Tan pronto como Tom se limpiaba la frente, volvía a cubrirse de una película líquida.

—Tom, creo que deberíamos llamar a un médico. Esto es Viena, no los Balcanes y aquí hay médicos excelentes.

—Al diablo los matasanos. Nunca tuve fe en ellos. Se pasará, ya lo verás. Dame más agua.

Martin le comunicó sus temores a Gore, y éste se acercó a ver a su amigo. Volvió, encogiéndose de hombros.

—Es extraño, sí. Pero no quiere que lo vea ningún doctor.

Margaret, que se había unido a ellos, tenía también el aspecto de no haber dormido. Escuchó a los demás con aspecto distraído.

—¿No oís? —preguntó de pronto.

—¿Qué?

—Es... bueno, pero, ¡si tenéis que oírlo! Debe haber algún huésped medio loco. Se ríe como... como...

No encontrando palabras, calló.

—No oigo nada —respondió Horatio—. ¿Una risa, dices?

—Sí, alguien se ríe, y si no lo creéis es porque... no queréis hacerlo. Pensáis que son imaginaciones mías.

—Nada de eso. Simplemente es que no oímos nada.

Pero no lograron convencerle. De vez en cuando se quedaba con la cabeza quieta, inclinada a un lado.

Aquella noche comprobaron que Tom Sanders no estaba mejor. Había logrado meter en su cuarto una botella de whisky y se la había bebido casi entera. Pero continuaba traspirando abundantemente.

Horatio Gore se decidió.

—Puede ser una enfermedad. Tengo entendido que algunas se presentan con esos síntomas. ¿Alguno de vosotros sabe algo sobre la sintomatología de la peste?

—Absurdo —respondió Martin, pero sin poder reprimir un estremecimiento.

—La peste tiene otras características además de la sudoración... Pero creo que, en efecto, es mejor que llamemos a un médico.

Consultaron con el gerente del hotel. Este, alarmado, les recomendó a un doctor que solía atender a los clientes. Se presentó poco después. Traje negro, corbata de plastrón y barbita en punta.

Sanders se puso furioso al saberlo, pero cedió. Era evidente que pese a beber grandes cantidades de agua, se estaba debilitando. El médico dijo:

—¿Dicen que lleva así veinticuatro horas?

—Más, doctor. Treinta por lo menor —respondió Martin,

—Curioso, muy curioso.

Le tomó el pulso, le examinó los ojos y la boca y dijo varias veces «ejem» y «ya veo». Pero era evidente que veía muy poco.

—Va a tomar esto que le receto, y seguramente pasará.

Unos papelitos que un botones trajo de la «apothéke». Rabiando, Sanders se tomó varios. Pero aquella noche, cuando a las doce, Martin, preocupado, fue a su habitación, lo encontró igual. Le estaban cambiando las sábanas cada cuatro o cinco horas, y el gerente del hotel, advertido por la camarera, comenzaba a preocuparse.

—¿No convendría que lo llevarsen ustedes a un hospital? —preguntó.

Martin se preguntaba lo mismo. Por el momento habían descartado la primitiva idea de marcharse, aunque Sanders juraba que en cuanto se pusieran en viaje se encontraría mejor. Lo cierto era que cuando se levantaba, cuando se ponía en pie, se tambaleaba un poco, como un borracho.

El médico, a la mañana siguiente, se mesó la barbita.

—Ejem, curioso, muy curioso. No parece haber otros síntomas sino la sudoración. Muy curioso.

—Pero doctor, ¿qué es lo que puede producirle eso?

—Pues... —lanzó algunas palabras en latín, pero Martin le atajó.

—No, doctor. No es eso. Pero hay algo que nos preocupa. Si sigue así durante algunas horas más, ¿qué cree usted que puede ocurrirle?

—Pues... ejem, deshidratación... tal vez los riñones se resientan... Creo que convendrían baños para evitarlo. Sí, eso es lo que debería hacerse.

—¿El hospital, doctor?

El médico vio la salida.

—Pues... ¡sí! Allí estaría perfectamente atendido...

—¡No quiero ir a un hospital! —aulló Sanders. En sus ojos había aparecido una curiosa expresión. De no haber sabido que era un hombre de un valor físico tremendo, Martin y Gore hubieran jurado que tenía miedo—. Lo que quiero es volver a Inglaterra.

—En Viena hay magníficos hospitales —dijo el doctor, ofendido—. Estará usted en cualquiera de ellos atendido en tan inmejorables condiciones como en su país.

—Pero yo no quiero ir a un maldito hospital. Doctor, deme algo para que mis piernas se pongan como antes y yo me encargaré de lo demás.

El doctor hizo «ejem» y recetó esta vez un líquido.

No hizo el menor efecto. Sanders continuó sudando y maldiciendo. Horatio convocó a los demás en su cuarto.

—Creo que no hay más remedio. Es muy extraño, Tom es mayor de edad, pero nosotros debemos ocuparnos de que no le ocurra nada. ¿Estamos de acuerdo en que hay que llevarle a un hospital?

—Sí —respondieron Jane y Martin al mismo tiempo. Margaret asintió distraídamente. Era la única que no había ido si quiera a ver al oficial a su cuarto. Parecía desinteresada en lo que pudiera ocurrirle.

—¿No oís? —preguntó de pronto.

—¡Oh, déjanos en paz con tus risas que nadie sino tú oye! —dijo Jane desabridamente.

Margaret la miró con odio, y sus labios formaron una fina línea. En esos momentos no estaba nada bella.

Faltaba comunicarle la decisión a Tom Sanders. Este juró, pero con menos vehemencia que de costumbre. Cuando se puso en pie, vieron que en efecto, parecía más débil,

Martin se informó por el médico de cuál de los hospitales de pago de Viena era el mejor, y le fue recomendado el Hospital de San José. Llamó y le dijeron que enviarían enseguida por el enfermo.

Lo hicieron. Sanders, maldiciendo, fue sacado del hotel y llevado al hospital. Allí los médicos se cernieron sobre él como buitres tan pronto se informaron de lo que le ocurría,

Fue cuando volvían y entraban en un café, y mientras comían unos pasteles, cuando Jane planteó la cuestión. El café estaba repleto de oficiales brillantemente uniformados y de señoras con sus largos vestidos y sombreros emplumados.

—Martin, ¿no sería posible que lo que le ocurre a Tom fuera... fuera algo relacionado con lo que ocurrió en la aldea?

Martin esperó unos instantes antes de responder.

—No lo sé, Jane, pero no me atrevería a decir que no. ¿Qué sabemos? Sólo que allí ocurrieron cosas muy extrañas y no me refiero sólo al comportamiento de los habitantes. Aquella nube... aquellos truenos sin que hubiera tormenta alguna que los justificase... Sí, fue una noche muy extraña. Por otra parte, hasta que los médicos averigüen exactamente a qué se deben esos síntomas de Tom, no podremos decir si hay o no relación entre ello y lo que ocurrió. Y aun cuando lo averigüen... tal vez no logremos relacionarlo. No lo sé, estoy metido en un lío.

—Por otra parte —dijo Horatio Gore lentamente—, queda Margaret. También a ella le ocurre algo. Está escuchando voces. ¿Lo

había hecho antes alguna vez?

Jane negó con la cabeza.

—No. Y además, se ha convertido en un problema. Por regla general, vosotros lo sabéis, era alegre, extrovertida. Y no me la imagino detestando a Tom de una manera tan violenta, sólo porque él intentase... propasarse.

—Violarla, según ella, no lo olvides.

—Bueno, de acuerdo, pero no creo que Tom lo hubiera hecho de no haber sido porque ella le permitió los primeros avances. Los dos tuvieron parte de culpa, no lo olvidemos.

Martin permanecía pensativo.

—¿Habéis notado —dijo cuidadosamente—, algún síntoma extraño en vosotros?

—¿Cómo qué? —preguntó Gore.

—No lo sé. Algo que... eso, un síntoma extraño, algo que no os ocurriese antes del otro día.

—Yo no —respondió Jane.

—Ni yo —habló Gore—. Y si lo hay no me he dado cuenta.

Regresaron al hotel. Margaret, que se había acostado diciendo que le dolía la cabeza, ni siquiera les preguntó cómo estaba Tom Sanders. Jane miró las profundas ojeras que enmarcaban los párpados de su amiga y se asustó. Parecía una loca.

—Margaret, creo que deberías volver a los Estados Unidos o a Inglaterra —le dijo.

Margaret la miró,

—Tal vez. He telegrafiado a mi padre. Le he pedido que haga algo con esa gente. Y lo hará. Mi padre hace todo lo que yo quiero. Él sabrá castigar a esa gentuza. ¿No oís?

—¿Risas?

—Oh, no, ahora ya no sólo son risas. Son voces.

—¿Qué te dicen?

Margaret le lanzó otra mirada oblicua.

—Cosas —respondió.

—¿Qué clase de cosas?

—No te importa.

Jane se sentía en cierto modo responsable de su amiga. Era una sensación un poco absurda, lo comprendía, pero así pensaba.

—Si quieres podemos ir a Inglaterra. Allí podrás decidir si vuelves a los Estados Unidos o no.

—Oh, no. Quiero estar aquí cuando mi padre decida lo que hay que hacer con esa gente.

—Como quieras. Tom está ya en el hospital.

—Que se muera, por mí —fue la respuesta. Y luego se quedó con la cabeza ladeada, como si estuviera escuchando algo.

—¿No oyes, verdaderamente?

—No.

—Porque no quieres. ¡Porque prefieres creer que es mentira!

Jane frunció las cejas.

—Escucha, hay aquí en Viena un médico famoso. ¿Por qué no vas a verlo? Es el doctor Freud. ¿Quieres que le pida hora?

—He oído hablar de Freud, y no quiero verle, porque no lo necesito para nada. Trata a los locos. ¿Es que crees que estoy loca?

—Por supuesto que no. Pero ha hecho curaciones maravillosas, por medio de lo que él llama el psicoanálisis.

—No quiero verlo. Lo único que quiero es vengarme. Y hay algo que me dice que podré vengarme.

—¿Las voces?

—No te importa, si no crees en ellas. Y ahora, déjame sola.

Jane la dejó.

CAPITULO 5

H

ERR» Sanders sigue igual —dijo la enfermera—. Les llevaré con el doctor.

El doctor eran dos doctores. Cuando Gore, Martin y Jane fueron recibidos por ellos, ambos tenían los rostros serios.

—Es algo absolutamente insólito —dijo el más viejo de los médicos—. Continúa la sudoración abundante, aunque hemos hecho todo lo posible por averiguar las causas, para poder ponerle remedio. Por otra parte el paciente no coopera demasiado. Se ha negado a decirnos si ha padecido alguna enfermedad infecciosa, venérea, aunque no lo creemos, debido a su robusta constitución Tal vez ustedes puedan indicar nos algo al respecto.

—No ha tenido enfermedad alguna en su vida, excepto las infantiles, supongo —aseguró Gore—. Lo conozco desde hace muchos años. Bien, señores, sí continúa así, ¿qué puede ocurrir?

—Pues... es difícil decirlo. Por supuesto, complicaciones renales... es prematuro.

—Pero —adujo Martin —, Si se deshidrata puede morirse, ¿no?

—Pues... todo es posible, aunque procuraremos impedir que se deshidrate, por supuesto. Hidroterapia, etc. Esta misma tarde comenzaremos con los baños, pero como les digo, es un enfermo difícil. Quiere volver a Inglaterra, pero consideramos que no debe moverse de Viena. Si insiste en ello, será bajo su responsabilidad, no bajo la nuestra, ustedes, lo comprenderán, señores.

Pasaron a verlo. Una enfermera le limpiaba el sudor, que brotaba continuamente de su frente.

—¡Estos malditos asesinos están empeñados en matarme! —dijo Tom, con la cara contraída—. Pero no pienso consentirlo, Tenéis que sacarme de aquí,

—Escucha —le dijo Martin—. No debes salir de Viena. Se va a hacer todo lo posible por ti, Tom. ¿Has tenido alguna infección venérea o algo por el estilo?

—¡Jamás! Estoy limpio como un niño. Lo que me ocurre es que...

—¿Qué?

—Alguien me ha lanzado un hechizo —terminó el escocés,

Los otros se miraron,

—Sí, alguien lo ha hecho y han sido esos malditas bastardos de la aldea. Pero comprenderéis que eso no se lo voy a decir a los

matasanos, porque no lo creerían.

La enfermera había salido. Tom se incorporó.

—Tenéis que sacarme de aquí. Me moriré si no lo hacéis. ¡Lo sé!

—Bueno —dijo Gore—. Lo intentaremos pero, ¿qué quieres hacer? ¿Ir a Inglaterra?

—No —su boca se torció en una mueca maligna—. Quiero volver *allí*. Al pueblo indecente. Quiero hacerles pagar lo que me han hecho.

—¿Por qué crees que te han lanzado un hechizo?

—Porque jamás estuve enfermo, pero me enfermé tan pronto como salí de allí. Tenéis que llevarme allí de nuevo.

—Tom...

—¡Maldición! Os lo estoy diciendo, ¿Y esa maldita Margaret?

Martin se decidió.

—Oye voces. Voces y risas que sólo ella oye.

—¿Lo veis? Ella también ha recibido su parte en el hechizo. Os lo estoy diciendo. ¡Tenéis que hacer esto por mí! Pero vosotros, ¿no notáis nada?

—No. Escucha Tom, necesitas hidroterapia si no quieres morir deshidratado. Lo comprendes, ¿verdad?

Los ojos de Tom Sanders no parecían los de un loco. Hablaba con voz contenida, pero con firmeza.

—Si no me ayudáis, yo lo haré solo. No pueden retenerme aquí contra mi voluntad. Iré yo solo, pero iré. Tengo que obligarles a sacarme del cuerpo lo que quiera que sea que me han metido en él. Palabra que lo haré aunque sea yo solo.

—Vendremos esta tarde, una vez que hayamos tomado una resolución —dijo Martin—. Mientras tanto, déjales que te den baños. Palabra que volveremos.

—Si no lo hacéis, ordenaré al embajador que me saque de aquí como sea.

Lo dejaron. Cuando bajaban la escalinata del hospital para salir al paseo, lleno de sol y sombreado por los álamos, Gore levantó los ojos.

—Mira —dijo—. ¿Ves la nube?

Martin alzó los ojos. El cielo estaba completamente limpio, azul cobalto, un cielo esplendoroso.

—¿Dónde?

—¿Cómo dónde? Allí, sobre las torres, al otro lado del Danubio.

Por más que miró, Martin no logró ver nada.

—Estás ciego —dijo Gore, con voz ligeramente tensa—. Está allí. Es muy... parecida a la que...

Calló y miró de reojo a su compañero.

—Horatio...

Lord Gore no respondió. Caminaba a rápidos pasos hasta el punto de coches de caballos. Los tranvías pasaban agitando alegremente sus

campanillas. Las mujeres eran hermosas, bien vestidas y caminaban airoosamente, seguidas por la mirada de los oficiales y de los estudiantes.

Era un día magnífico, pero Martin sintió que un escalofrío le recorría la espalda.

Cuando llegaron al hotel, Margaret había recibido un cable de su padre. Con ademán triunfante, se lo mostró.

—¡Mirad lo que dice! Que compre el piojoso pueblo y que haga con él una hoguera, si quiero. Me da carta blanca y da órdenes al Österreichischer Bank para que ponga a mi disposición todo el dinero que necesite, hasta un millón de dólares. ¡Mi padre es un hombre!

Inclinó la cabeza, como si escuchara. Su cara se puso ligeramente pálida.

—Supongo que vosotros que me metisteis en esto, me acompañaréis a la aldea.

—No lo sabemos —respondió Martin.

—Tal vez sí —intervino de pronto Gore—. Tal vez sí. ¿Por qué no hacerlo? Casi se lo hemos prometido a Tom.

—Entonces voy al banco. ¿Quieres acompañarme, Martin? No puedo entenderme con estos alemanes.

—Lo haré.

Fueron al banco. Ante la carta de míster Oliver, a la que acompañaba un documento de crédito, el propio director los atendió, inclinándose profundamente ante Margaret.

—Por supuesto —dijo—. Admitiremos su reserva de fondos y procuraremos atenderla en todo lo posible. ¿Desea disponer ya de alguna cantidad?

Margaret se volvió a Martin.

—¿Cuál es la ciudad grande más cercana a ese lugar?

—Creo que Kaschau.

—Pregúntale si puede depositar allí cien mil dólares en coronas dentro de dos días.

En efecto, sí podía, y lo harían con mucho gusto. Margaret, con un gesto de triunfo, estrechó la mano del director y salieron. Volvieron al hotel, y le comunicaron a Gore lo que había. Milord asintió distraídamente.

Miraba por la ventana. Cuando se volvió hacia ellos, dijo:

—Martin, dime la verdad. ¿Ves o no ves aquella nube? La verdad.

—No la veo.

—¿Tú, Margaret?

—¿Nube? ¿Qué nube?

—Ya lo comprendo —respondió Horatio—. Bien, no hablemos más del asunto, Creo que Tom tiene razón, y Margaret también, aunque por distintas razones. Debemos volver «allá».

—¿También Jane y yo? —preguntó Martin—. ¿Por qué habríamos de hacerlo?

Gore volvió hacia él los ojos. Había en ellos una expresión extraña.

—Porque si hasta ahora no os ha ocurrido nada, eso no es garantía de que no os vaya a ocurrir después. Por eso simplemente.

—¡A mí no me ocurre nada! —protestó Margaret.

Pero Martin había comprendido. Subió a su cuarto y tras de bañarse y cambiarse de ropas, llamó al de Jane.

La inglesa estaba terminando de vestirse. Un traje de color magenta, largo hasta los pies. Llevaba el espeso pelo rubio recogido en un moño y sujeto por las agujas. Pero tenía aún el vestido desabrochado en la espalda,

—Llegas a tiempo. La doncella no aparece por ninguna parte y yo no llego a mi propia espalda. Abróchame, ¿quieres?

Se volvió de espaldas y Martin se aproximó a ella. El vestido dejaba ver la vaporosa ropa interior que llegaba casi hasta el cuello de la joven, pero dejaba también al descubierto una parte del cuello, blanco y cremoso.

Súbitamente, los dedos de Martin se tornaron pesados, inhábiles. Del cuerpo de Jane se elevaba un suave perfume. Sin darse cuenta, casi inconscientemente, posó sus labios en aquel trozo de piel. Un beso largo, profundo.

Jane se estremeció perceptiblemente. Un temblor que le bajó desde el cuello hasta la cintura. Cuando el beso acabó, la muchacha se volvió hacia el hombre.

—Martin... —dijo en voz baja.

—Lo... lo siento... No, no lo siento. No he podido evitarlo, pero no lo siento.

Sus labios, bajo el sedoso bigote, buscaron los de la muchacha. Al principio ella apartó la cara pero eso sólo fue un instante. Los labios de ambos se unieron y los cuerpos se juntaron.

—Martin...

—Jane...

Muchas veces Martin había pensado en Jane como una posible esposa, pero hasta entonces, y excepto alguna breve y fortuita efusión, jamás habían pasado de ahí. En este momento, en cambio, fue como si ambos se hubiesen vuelto locos de pronto.

Las manos de Martin se enredaron en la espalda del vestido de la joven, tratando de sacarlo, de quitárselo, pero era tal su ansia que apenas podía. Ante su asombro, fue la misma muchacha la que, separándose ligeramente de él, comenzó a desprenderse de la prenda.

—Cierra la puerta, te la has dejado abierta —le susurró,

Martin obedeció. Pasó el cerrojo y volvió. Jane, en medio de la

habitación, estaba vestida sólo con las flotantes enaguas, encima de las cuales el corsé, de color amarillo vivo con rayas verdes, le sujetaba el talle. Los pantalones, blancos, con puntillas, se cerraban en la parte baja de los muslos sobre las medias igualmente blancas y caladas.

—Por Dios —dijo Martin con la boca seca—. Eres adorable.

El corsé representó un obstáculo, pero cuando los enamorados están dispuestos a la lucha, hasta esas repelentes prendas pueden ser vencidas en poco tiempo. Por último, y en la penumbra de la habitación —ya que las contraventanas se hallaban entornadas para evitar el fuerte sol—. Jane se vio libre. Las enaguas volaron hacia un sillón y ya sólo los pantalones se opusieron a las miradas del hombre.

Martin la tomó en sus brazos y se encaminaron hacia el dormitorio. Apenas habían hablado. Había sido como una furiosa reacción que pasara de uno a otro, fundiéndoles en un mismo deseo.

Los lazos del pantalón cedieron pronto y la muchacha quedó solamente con las medias blancas sujetas por ligas. Jane tenía un cuerpo perfecto. Cintura estrecha, marcada ahora por las ballenas del corsé, muslos redondos y largos y pecho fuerte y terso.

Tampoco hablaron ahora mucho. Sólo lo imprescindible.

Fue mucho tiempo después, cuando Jane se volvió hacia su compañero y se le quedó mirando fijamente, con una extraña expresión en los ojos.

—¿Qué nos ha ocurrido, Martin? —preguntó.

—¿Importa? ¿Necesitas explicación para todo? ¿Acaso no te ha gustado?

—Mucho pero, ¿por qué precisamente ahora? ¿Por qué?

Martin se levantó y caminó hacia el cuarto de baño. En la puerta se volvió. Su musculoso cuerpo atrajo las miradas de la muchacha.

—Espero que no estarás arrepentida —dijo.

Ella movió la cabeza y sonrió.

—Por cierto que no. Un día u otro tenía que ocurrir, pero... no entiendes. ¿Por qué ha ocurrido ahora, en este momento? Si hubiera sido una noche, tras de una cena con velas, champagne... lo usual, lo comprendería. Lo esperaba. Pero ahora...

Saltó de la cama y se dirigió hacia Martin. Se abrazaron.

—Martin, ¿no crees que tenga algo que ver con...?

Él lo pensó unos instantes.

—No lo sé —dijo por fin—. Lo cierto es que yo te deseaba. Pero tal vez tengas razón. Entro en tu cuarto para hablar contigo y de pronto,...

—Ha sido un asalto, casi una violación, querido —le susurró ella al oído.

—Tal vez... Jane.

—¿Qué?

—Piensa bien lo que te voy a decir...

—Por el momento lo que me interesa saber es si piensas hacer de mi una mujer decente.

—Nos casaremos tan pronto como las conveniencias sociales lo permitan. Pero escúchame, ¿sientes algún deseo de... volver a Polyana?

Ella se separó. Se tomó la barbilla con la mano. Su absoluta desnudez no parecía preocuparla en absoluto.

—¿Por qué lo preguntas? ¿Acaso tú...?

—Sí.

—Bien, yo también. No sé por qué. Sólo deberíamos tener odio por aquel miserable lugar, y sin embargo... Y sin embargo siento el deseo de volver.

Hubo un ligero silencio.

—Jane, *nos está ocurriendo* a todos. Algo sucedió allí que nos cambió a todos. Hasta ahora, y en el caso tuyo y mío, esto no parece revestir sino un carácter...

Se apartó para contemplar mejor el suntuoso cuerpo de la joven.

—... un carácter que podríamos llamar feliz, pero ¿y Margaret y Tom?

Ella cerró los ojos un instante.

—Pues bien —dijo cuando volvió a abrir aquellas linternas de color violeta—, pues bien, si todos queremos ir... vayamos, Martin.

El asintió.

—Creo que es lo mejor. Tom es capaz de intentarlo solo. ¿Por qué no volver? Creo que debemos hablar con Horatio y con Margaret. ¿Vamos?

—Antes el baño, querido.

Se bañaron juntos y volvieron a hacerse el amor febrilmente. Cuando bajaron eran las cinco de la tarde y tenían un hambre de lobo.

—¿Dónde os habéis metido? —preguntó Horatio. Luego miró sus caras radiantes y comprendió. Sonrió cínicamente.

—Horatio, tenemos que hablarte —dijo Martin.

Hablaron durante casi una hora. Cuando acabaron y se preparaban para cenar estaban totalmente de acuerdo. Subieron para hablar con Margaret. Esta no había querido salir de su habitación.

—¿Volver? Pero, ¿no es lo que os estoy pidiendo desde hace tiempo? ¡Claro que tenemos que volver allí! ¡Ellos van a saber lo que puede costar insultar a la hija de Oliver, a un súbdito americano!

Pareció olvidar todos sus males.

—¿Cuándo partimos?

—Tan pronto como podamos rescatar a Tom de sus médicos.

—Podríamos dejar a ese bastardo aquí.

—Cinco vinimos y cinco volveremos allí —fue la seca respuesta

de Martin—. Y ahora, preparemos el viaje.

CAPITULO 6

E

STA vez no hubo coche de caballos, sino un automóvil, una limusina «Panhar», recién salida de la fábrica francesa, con pescante descubierto, pero con gran capacidad interior e iluminación eléctrica. Gore lo había comprado sin pestañear siquiera, pese a que en Londres poseía un «Hispano Suiza» y un «De Dion Bouton». Pero el traer cualquiera de aquellos vehículos desde Inglaterra hubiera representado mucho tiempo perdido.

Jane, Margaret y Martin se instalaron en el coche, mientras lord Gore pagaba el hospedaje del hotel y se despedía. Fueron directamente al hospital, donde Tom los esperaba ya, avisado por una nota de Horatio.

Los médicos del hospital declinaron toda responsabilidad, por supuesto, y obligaron a Sanders a descargarles de ella por escrito, lo que el escocés hizo jurando abundantemente.

Su aspecto era francamente inquietante. Había adelgazado casi veinte libras y se tambaleaba, mientras envuelto en una manta salió del hospital para entrar en el coche. El sudor que brotaba de todos sus poros se evaporaba al instante debido al fuerte calor y le producía una continua sensación de frío. Tiritaba.

En el interior del amplio coche había lugar bastante para que pudiera ir tendido. Jane se sentó al pescante, juntamente con Gore, que conduciría, y Martin y Margaret lo hicieron en el asiento corrido frente a Tom.

—En marcha —dijo Gore. Uno de los empleados del hospital hizo girar la manivela de la puesta en marcha. Con un impresionante ruido y un traqueteo, el moderno vehículo se puso en marcha, despidiendo una nube de humo.

Comieron en Pressburg. Habían marchado a una velocidad de casi treinta kilómetros por hora, pero a partir de Pressburg hubieron de aminorar la marcha, debido al mal estado de las carreteras. Varias veces, carros tirados por caballos y asnos se asustaron con el petardeo del motor, y sus conductores maldijeron profusamente en checo, amenazándoles con los puños cerrados.

La carretera bordeaba el Danubio, cuyas aguas gris azuladas corrían lentamente. Espesos bosques circundaban el camino,

Durmieron en Miskolez, casi al borde de la «puzsta» húngara. Allí vieron a los caballistas magiars de las llanuras, que parecían

centauros.

Tom pedía agua constantemente, pero tan pronto la bebía se convertía en una transpiración que lo agotaba. Margaret, que al principio había parecido casi alegre, viajaba ahora con el semblante contraído y apenas atendía a lo que le hablaban.

Martin tomó el volante a la mañana siguiente, para que Gore descansase. Viajar por aquellas carreteras de tierra era agotador, y el volante muchas veces apenas respondía a sus esfuerzos. Antes de emprender la marcha, Martin le preguntó si aún veía la nube. Gore le dirigió una rápida y extraña mirada.

—¿Para qué te voy a engañar? Está allí, siempre allí, en el horizonte. Ya sé que vosotros no la veis, pero tampoco sufrís de alucinaciones auditivas como Margaret ni de sudoración intensa como Tom. Yo si la veo.

—¿En la dirección que llevamos?

—Exactamente en la misma dirección.

Ese mismo día llegaron a Kaschau, a tiempo para que Margaret pudiera ir al banco. En efecto, habían recibido la notificación del banco de Viena, y el director se mostró encantado y nervioso. Por supuesto que la señorita Oliver podía disponer del dinero que necesitase y en el momento en que lo precisara. ¿Cuánto?

Margaret dijo la cifra. Se aproximaba al medio millón de coronas, y el director le preguntó si la quería en metálico. Sería peligroso, dijo, llevar tal cantidad en un viaje, y se ofreció a entregárselo en cheques o certificaciones o letras de cambio fácilmente manejables.

—Será mejor —dijo Gore—, aunque lleves dinero en metálico. — Pero Margaret insistió en llevarlo encima.

Durmieron en Kaschau y a la mañana siguiente, muy temprano, emprendieron de nuevo el camino.

Según iban internándose en los Tatra, los caminos iban siendo peores. En cierto lugar incluso dos carros de bueyes, alquilados en una aldea, hubieron de tirar del automóvil, entre la mirada asombrada de los campesinos, que nunca habían visto un vehículo a motor.

Aquella misma tarde llegaban a la vista de Polyana. Gore, que conducía, paró el coche y todos, incluso Tom, se quedaron mirando al lugar, que parecía pacífico y encantador a la distancia. Pero en los ojos del escocés y de Margaret había odio.

—¿Siempre la nube? —preguntó Martin en voz baja a Horatio.

—Más negra y fea que nunca —fue la seca respuesta.

Martin se volvió a Margaret y le preguntó si aún escuchaba las voces. La otra lo miró con ojos alucinados.

—¡Si, maldición, aunque no os lo creáis! Sólo que ahora... — volvió la cabeza y pareció escuchar—. Sólo que ahora hablan más fuerte.

—¿Te hablan de ese lugar?

—No. Me hablan de... A nadie le importa.

—¿Qué vas a hacer? ¿Cómo vas a...?

—¡Lo compraré todo! ¡Lo veréis! Ese maldito pueblo será mío.

Pusieron en marcha el automóvil dándole a la manivela. En ese momento, por un recodo del camino apareció un carro tirado por dos pesados y lentos bueyes. Tanto Gore como Jane que iba a su lado, llevaban gafas de automovilista. Horatio gorra de visera y la muchacha sombrero y pañuelo alado sobre él.

Los bueyes, pese a su pachorra, se asustaron y salieron del camino. El carro casi volcó. El campesino era antiguo conocido de los viajeros: el muchachón rubio que peleara con Tom Sanders.

Tom se había asomado a la ventanilla y el campesino lo reconoció. Agitó su puño contra él, pero ya el automóvil había llegado al final de la cuesta y el valle se abría ante ellos.

—Ese maldito palurdo —dijo Tom—. No estoy en condiciones de vérmelas con él, pero si se atreve a amenazarme, lo mataré.

Y de debajo de la manta sacó su pistola. Margaret miró el arma con los ojos muy abiertos, y casi con codicia. Martin, que estaba a su lado, pudo ver claramente su expresión.

Llegaron al pueblo. Ante el petardeo del motor, los gansos y los cerdos huyeron precipitadamente. Un grupo de mujeres se santiguó rápidamente.

Pararon ante la fonda. El mismo Vaklav, con un delantal azul sobre su traje, salió y abrió mucho los ojos al verlos.

Gore descendió y Jane lo imitó. Martin abrió la portezuela de su lado y salió.

—Oh —dijo Vaklav—. ¿Ustedes, señores?

—Nosotros —respondió Gore—. Necesitamos habitaciones, Vaklav. Díselo, Martin,

—Yo, este... lo siento, pero...

Margaret estaba impaciente. Sacó una cartera de su bolso de viaje y dijo a Martin:

—¿Pregúntale cuánto vale su fonda?

Martin tradujo.

—¿Cómo?

—¿Cuánto pide por ella? Vamos, dígame una cifra. Una sola. ¿Cinco mil coronas? —insistió Margaret.

Martin siguió traduciendo.

—Pero... yo no quiero vender mi fonda.

Hombres y mujeres habían ido acercándose al automóvil, respetuosa, casi temerosamente. Hablaban entre ellos en eslovaco.

—¿Diez mil coronas? Le pago ahora mismo.

Vaklav tragó saliva. Diez mil coronas era una cantidad

considerable por un miserable hostel en una aldea perdida casi en un valle de los montes Tatra.

—Yo... tengo que pensarlo.

—¿Quince mil? Al contado y ahora.

—Espere al menos que consulte a mi mujer...

Pero ya la codicia hacía relucir sus ojos,

—No quiero esperar ni un solo instante más. O lo toma o lo deja.

Martin seguía sirviendo de intérprete, pero no se divertía. Por otra parte, tampoco intentaba atenuar el desabrimiento de Margaret.

—Yo... acepto.

—Dile que prepare las habitaciones entonces —dijo Gore, que había seguido la conversación, pero cuyos ojos apenas se apartaban del horizonte. Martin sabía lo que el otro «veía» allí.

Vaklav se precipitó hacia el interior. Los viajeros entraron. Hacía calor y el salón estaba fresco y agradable, con su olor a pimientos y ajos.

Vaklav volvió, junto con su mujer y su hija. Llevaba en la mano una fuente con trozos de salchichón y cerveza.

—Los dignos señores... —comenzó. Su mujer dijo rápidamente algunas palabras y Vaklav vaciló—. Mi esposa dice que si es cierto que ustedes compran la fonda. Y que el dinero...

Martin tradujo. Margaret, con un gesto de desprecio, sacó de su bolso la cartera y depositó la cantidad, en un fajo de billetes de mil coronas. Vaklav lo miró y sus manos se convirtieron en garras para cogerlo

—Oh —dijo con los ojos brillantes— ¡Oh!

Tom miraba la escena con ojos turbios. De su frente brotaban diminutos chorros de sudor. Sólo su voluntad parecía sostenerlo.

—Habitaciones —ordenó Gore—. Tenemos que descansar.

La tarde iba cayendo. Las habitaciones estuvieron preparadas en un santiamén. Luego, Martin salió y vio cómo el posadero hablaba con un grupo de vecinos en el salón mientras les servía aguardiente y cerveza. Los campesinos miraron a Martin con curiosidad y desagrado.

Jane se reunió con él. Habían dejado a Tom en el lecho, junto a la ventana. Los dos jóvenes tomados del brazo, contemplaron cómo caía la tarde.

—¿Qué va a ocurrir? —preguntó Jane en voz baja—. ¿Qué crees tú que va a ocurrir?

Martin no respondió. ¿Qué podía contestar? Ignoraba lo que pudiera suceder. Miró al horizonte. El no veía ninguna nube, pero sí que algo les había cambiado a la muchacha y a él unos días antes. Algo muy agradable, pero no usual. Como si... como si algo les hubiese lanzado uno en brazos del otro. ¿Casualidad? ¿Simple deseo físico manifestado de pronto? ¿O... alguna influencia extraña?

Margaret apareció a su lado. Venía estallando de gozo.

—¿Habéis visto? Ahora son mis sirvientes, harán lo que yo quiera.

—¿Es que no se van a marchar los dueños? —preguntó Jane.

—Oh, no. Les he dicho que les daría otras diez mil coronas si se quedaban. Tendríais que haber visto sus ojos: rezumaban codicia. Harán lo que yo desee

—Y... ¿qué es lo que desees? —preguntó Martin.

—Pues... —la pregunta pareció sorprenderla—. Pues... vengarme, eso es lo que quiero hacer.

—¿Es eso lo que te dicen tus voces?

—¡Sí!

—Bien, pero ¿cómo lo vas a conseguir?

—No lo sé aún, pero ya encontraré la manera. Revolveré el pueblo, les obligaré a besarme los pies. ¡Lo veréis! ¡Eh, tú!

Una muchacha, guiando una manada de ocas, pasaba calle adelante. Se volvió y contempló a Margaret con sus ojos azules.

—Martin, traduce lo que yo le diga.

—Mira, Margaret... —pero la americana lo miró con ojos extraviados, exigentes. Por otra parte, ¿por qué no seguirle la corriente?

—Dile que le daré mil coronas si baila ahora mismo para mí.

Martin tradujo, La muchacha abrió mucho los ojos. No era bonita, pero sí sólida, fuerte. Preguntó si la señora estaba burlándose y Martin le aseguró que no.

Se recogió las faldas y comenzó una danza campesina, golpeando el suelo con los zuecos. Margaret se echó a reír incontinentemente, sacó un puñado de billetes de su bolso y se los tiró. La chica los recogió y dijo algunas palabras rápidamente, de las cuales Martín sólo recogió dos o tres. Le hizo repetirlas. Luego se volvió a Margaret con el rostro serio.

—Dice que por otro tanto bailarías hasta desnuda —tradujo. Margaret dejó de reír.

—¿Sabes que me acabas de dar una idea?

—Margaret, ten cuidado. ¿Qué quieres hacer?

—Pronto lo vas a ver.

Y se alejó. Subieron a ver a Sanders. Tendido en la cama, junto a la ventana, respiraba anhelosamente. La hija de Václav acababa de cambiarle las sábanas.

—¿Quieres algo?

—Quiero ir allí —respondió Tom, señalando el campo de lúpulo.

—¿Ahora?

—No, a la noche.

—¿Qué crees que vas a encontrar allí?

—No lo sé, pero ¡tengo que ir!

—¿Quieres que nos quedemos contigo?

—No, con un diablo. ¿Qué hace Margaret?

Se lo explicaron. Sanders encontró fuerzas aún para sonreír.

—Es una imbécil, pero creo que armará un buen lío, y me alegro.

Bebió un gran vaso de agua. Su cara se demacraba por momentos. La joven eslovaca lo contemplaba casi con miedo. Lo dejaron y bajaron.

Fue entonces cuando entró el cura. Llegaba acompañado de Horatio. Comenzó a hablar casi inmediatamente, en alemán mezclado con eslovaco.

Martin entendió lo suficiente. El cura les ordenaba que se marcharan del pueblo. Lo exigía. Martin movió la cabeza.

—No. No nos vamos a marchar. ¿Por qué quiere que lo hagamos?

Nueva chaparrada de palabras. Martin tradujo lentamente para los demás:

—Dice que sólo hemos traído la maldición al pueblo, que ya nada es como era. Se han peleado el padre y el hijo, el hermano y la hermana. Hemos traído al diablo. Eso es lo que dice.

—Bien, pues, ¿a qué espera para exorcizarlo? ¿No es así como se hacen estas cosas?

El cura irguió su corta estatura. Sus ojos llameaban.

—Dice que si no nos vamos no sabe lo que podrá suceder.

—Bien, pues si no lo sabe, que no se preocupe. Ya lo verá.

Y ahora, ¿por qué no se larga de una vez y nos deja tranquilos?

El cura se persignó y salió huyendo. Hubo un silencio.

—¿El diablo? —preguntó Jane con el rostro ligeramente pálido.

—Supongo que no vas a creer eso.

—¿Y por qué no? ¿Acaso lo que nos está ocurriendo no es algo... diabólico, o al menos inexplicable?

La cara de Gore estaba contraída. Por regla general no dejaba transparentar sus emociones, pero ahora casi podían verse en aquellas tensas mandíbulas.

—Si ese hombrecito de negro no quiere exorcizarlo, quizá tengamos que hacerlo nosotros. No seríamos los primeros. Nietzsche lo hizo, y Byron.

—Y Nietzsche murió horrorosamente, sufriendo como un condenado, y Byron... —comenzó Martin. Se callaron. La voz de Margaret llegaba hasta ellos, aguda, chillona:

—Dos mil coronas, le daré dos mil coronas. Más: tres mil. ¿Por qué diablos no me entiende?

Martin entró en la posada. Junto al arranque de la escalera que llevaba al piso superior, Margaret hablaba con la hija del posadero. Esta la contemplaba con los ojos asustados y cara de incompreensión.

—¡Martin! Dile a esta imbécil que le daré tanto dinero, que podrá

casarse con una buena dote. Díselo.

—Pero, ¿qué quieres que haga a cambio?

—¡Que baile esta noche! ¡Qué baile en el campo!

—¿Para qué?

—¡Porque yo lo quiero! Le daré cinco mil coronas. ¡Cinco mil! Y lo mismo haré con cada una de las muchachas y de los jóvenes patanes que la imiten. ¡Díselo!

—Margaret... —comenzó Jane—. No seas loca.

—¡Díselo, Martin!

Martin tradujo lentamente. No quería hacerlo, hubiera deseado decirle a Margaret que lo hiciera ella misma, pero una fuerza superior pareció apoderarse de él. Lo tradujo. La muchacha eslovaca lo contempló con los ojos muy abiertos y luego salió corriendo,

—¿Se lo has explicado bien?

—Sí,

—¡Pero no ha contestado! ¡Oh, no poder hablarles en su maldita lengua! ¡Daría cualquier cosa por poder hacerlo yo misma!

La muchacha volvió. Cogió a Martin del brazo y lo apartó a un lado.

—¿Es cierto eso que dice? ¿Me dará cinco mil coronas?

—Sí, se las daré.

—¿Y sólo tendré que bailar en el campo esta noche?

Martin se encogió de hombros.

—Supongo. ¿No le da miedo?

—Sí, pero cinco mil coronas... Dígale que me las dé.

—Tiene usted que avisar a las otras chicas del pueblo.

—¿A todos los que quieran?

—Sí, a todos. —Se volvió a Margaret.

—Esto puede costarte muy caro. Me preguntaba si puede traer a todos los que quiera,

—¡Sí! ¡Y no solamente a las jóvenes! A las mujeres casadas, si quieren. ¡No lo olvides! Mil coronas. ¿Cuánta gente puede haber en el pueblo, doscientas personas? ¡Aún me sale barato! ¡Mi padre gana eso en una semana sin moverse de su silla!

—Doscientas mil coronas... Bien, tú sabrás lo que haces. Porque creo que esta chica está dispuesta a traerte compañía.

Margaret exultaba, sus ojos brillaban febrilmente. Se limpiaba la boca con el dorso de la mano, un gesto que no hubieran aprobado en el colegio de Saint Mary.

La hija de Václav salió de la habitación al tiempo que entraba su padre. Este la contempló con expresión extraña.

—¿Qué ocurre? —le preguntó—. ¿Qué estáis hablando?

Margaret se enfrentó a él y le lanzó una chaparrada en inglés. Martin, sintiendo sobre el brazo la presión de la mano de Jane, se lo

tradujo. El hombre se santiguó.

—No lo consentiré. Nos marcharemos, Irina. No quiero estar aquí ni un solo momento más.

Su hija se encogió de hombros y le habló rápidamente.

Cuando terminó, Václav, si no convencido, al menos no parecía enfadado. La codicia hacía relucir su cara rubicunda.

CAPITULO 7

L

A noche comenzaba en el valle, y se extendía lentamente por las montañas, cubiertas de inmensos pinares. Las dos calles del pueblo se oscurecían y sólo las ventanas, iluminadas con lámparas de aceite y de petróleo, alumbraban las polvorientas vías.

La amplia sala de la taberna estaba ahora casi llena. Los hombres bebían su aguardiente y su cerveza y miraban al grupo que se sentaba en un rincón. A los locos extranjeros. A los locos que gastaban el dinero, que lo tiraban. Martin sabía que lo más que ganaba un trabajador en los campos de lúpulo, en la corta de pinos de invierno, eran unas treinta o cuarenta coronas al mes como mucho. Vivían de sus cerdos, de sus ocas y en ocasiones de la caza.

Mil coronas era mucho dinero. Era la fortuna. Y he aquí que una extranjera enseñaba a todo el que quisiera verlo los billetes de mil coronas. No se limitaba a enseñarlos sino que los entregaba.

Martin casi podía leer los pensamientos de aquellos campesinos, si había alguien tan demente, allá él. Lo que les pedía lo hacían gratis en otros pueblos los domingos y las fiestas. ¿Por qué no recibir aquel maná, por qué no extender la mano y cogerlo?

En cuanto al cura... bien, que hiciera lo que quisiese. Que predicase en la iglesia, que les chillase, que les amenazase... pero eso sería el domingo, desde el pulpito. Ahora...

—Tengo miedo —dijo Jane al oído de Martin.

—Y yo. Y sin embargo, nada puedo hacer.

—Ahora sé que esa mujer está loca. Tan loca que...

Gore les interrumpió algo bruscamente.

—Tenemos que llevar a Tom —dijo—. Va siendo la hora.

—Horatio, ¿ves la nube?

—La he visto hasta que me he metido aquí. Sí, querido. Sigue ahí, amenazadora.

—Y sin embargo vas a ir al campo.

—Y sin embargo voy a ir al campo. ¿Vamos?

Cuando subieron al cuarto de Sanders, éste estaba en cama. Su frente brillaba sudorosa. Pero en sus ojos azules había brillo de determinación.

—¿Ya? Vamos.

Cuando se apoyó en Martin, éste sintió la humedad que se desprendía de su cuerpo, y que se helaba enseguida al contacto con el

aire. Sanders tiritaba.

Bajaron a la gran sala de la posada.

—El farol —dijo Martin al posadero. Este le tendió un quinqué, provisto de un cristal facetado, que daba bastante luz. Cuando salieron a la calle, vieron algunos grupos que les observaban. En medio de uno de ellos, el cura chillaba como una ardilla vieja, moviendo los brazos. Parecía un molino chirriante.

Se volvió hacia ellos y los amenazó con el puño. Horatio pasó junto a él sin mirarlo siquiera. Por otra parte, un grupo de campesinos que contemplaba a los extranjeros, se unió a ellos, provisto igualmente de faroles de petróleo y aceite y hachones.

Había todavía un vislumbre de luz en poniente. La luna llena estaba saliendo, de color rojizo, por encima de los montes.

El cura seguía chillando y amenazando. Martin entendió perfectamente las palabras «excomuni6n» y «sacrilegio», pero era evidente que los campesinos no se preocupaban de ello. Los que seguían a los ingleses eran en su mayoría jóvenes, pero había también personas de edad madura entre ellos.

Todos ellos o habían recibido dinero de Margaret o esperaban recibirlo. Por otra parte, una especie de fiebre se había apoderado de ellos. Una excitaci6n completamente extraña en unas personas cuya vida transcurría absolutamente rutinaria.

Cuando salieron del pueblo, los campos de lúpulo se abrieron ante ellos. Las estacas sustentadoras semejabán los esqueletos de tiendas de campaña. La luna seguía ascendiendo en el horizonte, siempre con aquel color rojizo, enfermo. No obstante, alumbraba lo suficiente, aunque los rostros adquirirían un color amarillento bajo su luz.

—¿Cómo te encuentras? —preguntó Martin a Sanders. El rostro de éste brillaba y tenía el color de la cera usada.

—Sí, sí, me encuentro perfectamente.

—¿Dónde quieres ir?

—Al mismo sitio en que estuvimos.

Gore iba al frente de la procesi6n. Junto a él, dos muchachas con sus ligeros vestidos veraniegos, de mangas ajamonadas y corpiños que sujetaban los pesados pechos. Los ojos de las chicas brillaban y de vez en cuando lanzaban exclamaciones.

También Horatio se sentía lleno de excitaci6n, pero la severa disciplina del colegio público, en Eton, le permitía disimularlo. Miraba al horizonte donde siempre, perenne, estaba aquella nube, como un monstruo agazapado.

Margaret era la más nerviosa. Casi saltaba en lugar de andar.

De vez en cuando volvía la cabeza, con aquel gesto que ya se había hecho casi usual en ella. Escuchaba. Y lo que oía no debía ser nada desagradable, a juzgar por su cara, según dedujo Jane, que,

preocupada, caminaba junto a Martin.

¿Preocupada? Sí, pero su preocupación no se centraba en Sanders ni en Margaret, sino en Martin. Simplemente, sentía deseos de él. Cuando las manos de ambos se unían durante un instante, una corriente eléctrica le recorría los nervios, del pecho a las rodillas.

Y sabía que a Martin le ocurría exactamente igual. Aquello era nuevo. ¿Debido quizá a la experiencia sufrida en el cuarto del hotel? No lo sabía. Sólo que en cualquier momento, allí mismo, ahora, le hubiera gustado apartarse del grupo y perderse con Martin entre el herbazal, hacia el monte, para tenderse junto en el suelo junto a él. La sensación se hacía más y más acuciante.

Y aquello no era normal. No era una mujer fría, pero jamás había sentido aquellos deseos hacia un hombre, bien que éste fuera Martin. Los deseos le subían en oleadas. Su rostro ardía.

Cogió el brazo de Martin y éste le apretó el talle en una súbita explosión de pasión. Comprendió que no era ella sola la que lo sentía y se alegró.

Por fin llegaron al lugar en que se había celebrado la fiesta aquel día. Los hachones fueron colocados entre los entramados de sustentación del lúpulo, iluminando aquel espacio circular. En el centro, Horatio dejó el farol, cuyos cristales facetados lo iluminaban brillantemente.

Las gentes iban llegando, en grupitos, tímidamente. Uno de los hombres se dirigió a Margaret y le tendió la mano al tiempo que pronunciaba algunas palabras. Esta vez la norteamericana no necesitaba traductor.

Sacó de su bolso inagotable el dinero y se lo tendió. Otras manos aparecieron junto a ella.

—Martin, díles que hasta que no bailen no tendrán el dinero. No quiero que se echen atrás. Tienen que bailar. Tienen que hacer lo que yo digo.

El farol la iluminaba. Estaba despeinada. Era bonita, pero en aquellos momentos parecía una bruja.

Martin se preguntó lo que pensaría míster Oliver si viera ahora a su hija. Había puesto en sus manos dinero, todo el dinero que ella pedía, y, ¿qué estaba haciendo con él? La palabra «corrupción» vino a su mente. Sí, Margaret estaba «corrompiendo» a aquellas gentes.

Por otra parte, ¿qué dirían sus amigos y los de Jane si supieran lo que había ocurrido entre ellos? ¿Y qué pensarían los compañeros de Sanders? Pero, ¿qué les estaba ocurriendo a todos ellos?

Tradujo lentamente. Las caras que rodeaban el círculo de luces expresaron pesar por unos instantes, pero luego volvieron a animarse. Uno de los jóvenes dijo algo y los demás rieron. Se alejaron.

Martin y Margaret se habían sentado algo lejos de la luz de los

hachones. Desde donde estaban podían ver a Sanders, que envuelto en una manta, tiritaba y transpiraba.

Y a Gore, que apoyado en un poste de madera, con los brazos cruzados, miraba hacia el horizonte.

Los jóvenes volvieron tirando de un pequeño carro en el que había un barril. Lo colocaron entre dos traviesas y depositaron una pequeña vasija junto a él. Luego abrieron la espita y acercaron dos jarras al chorro de líquido que comenzó a salir.

Aguardiente. Hasta Martin llegó el fuerte olor del alcohol de ciruelas. Ya no se trataba de cerveza, sino de algo mucho más potente.

En el círculo había ya cerca de cincuenta personas, en su mayoría jóvenes, pero entre ellas se veían las caras de algunas personas mayores. Mujeres gruesas y hombres de anchas espaldas, y fuerte vientre. Y todos ellos miraban expectantes a Margaret y al barril.

—Que me traigan un poco de eso —pidió Sanders con voz baja. Margaret misma cogió una de las jarras y se la acercó.

—¡Bebe y muérete! —gritó—. Vamos, ¡bebe!

Sanders lanzó una maldición, cogió la jarra y la vació de un trago, Miro a Margaret con los ojos relucientes, en su cara chupada.

—¿No vas a bailar tú? —preguntó—. Vamos, ramera, tú has armado esto. Baila también.

—¿Crees que no lo voy a hacer? Pues bien, lo verás.

Margaret llevaba un largo vestido que le llegaba a los tobillos. El vestido se abultaba en la parte de atrás con un tontillo pequeño, rematado en un lazo. Se recogió las faldas y gritó:

—¿No hay música? ¡Vamos, *musik*!

Uno de los hombres mayores, un tipo gigantesco, de cara colorada, cogió un instrumento parecido a una balalaika, aunque de mástil más corto y comenzó a puntearla rítmicamente. Otro le siguió con un tambor que golpeaba con las manos y otro más con un violín.

La luna estaba ya bastante alta sobre el horizonte. Parecía un poco más pálida, pero aún conservaba parte de su enfermizo color. Al fondo, cubriendo parte del cielo estrellado, Martin vio algo oscuro.

—La nube —dijo cogiendo la mano de Jane—. Ahí está. ¿No ves cómo tapa las estrellas?

—Sí —susurró ella Y, ¿qué nos importa ahora eso?

La mano de la muchacha estaba ardiendo y transmitía al hombre su calor, Los labios de ambos se buscaron en la semioscuridad y se juntaron con ardor febril.

Dos muchachas se lanzaron al ruedo y se enfrentaron, golpeando fuertemente la tierra batida con los tacones de sus botas rojas. Giraban una frente a la otra, se amenazaban, retrocedían, avanzaban, con las manos en la cintura.

Uno de los jóvenes saltó a su vez como si intentara poner paz

entre las hembras, que lo contemplaron sin dejar de bailar,

—Vámonos de aquí —susurró Martin—. ¿Qué nos importa todo esto?

—No, aún no —respondió Jane besándole ardientemente—. Hay tiempo. Quiero verlo, quiero verlo todo.

El hombre, el bailarín, se aproximaba tanto a una como a otra de las mujeres y parecía decirles algo con sus movimientos. Cuando terminaba con una, ésta parecía tranquilizarse y bailaba con menos brío.

Pero de pronto, otro hombre entró en el baile y se enfrentó al primero. Se contemplaron como dos gallos de pelea y comenzaron la pantomima que habían dejado las muchachas.

Las cortas faldas de éstas revoloteaban, dejando ver las blancas enaguas. Uno a uno, los mozos y las mozas fueron incorporándose. Al final, había dos filas de bailarines que avanzaban una contra otra, retrocedían y, por último, se mezclaban entre sí para separarse luego en parejas.

Aquello hubiera sido muy bello, a no ser por las caras.

No parecían divertirse. Los rostros estaban crispados como si soportaran un esfuerzo demasiado grande. Aunque las eslovacas no eran muy bonitas, si se exceptúa a dos o tres de ellas, ya que tenían las caras anchas, muy redondas y los ojos demasiado pequeños, ahora estaban francamente feas. Algunas de ellas incluso enseñaban los dientes.

Cuando la música cesó, todos ellos se quedaron quietos, jadeando ligeramente. Las jarras de aguardiente circularon.

—¿Os habéis cansado ya? —gritó Margaret—. Vamos, ¡bailar! Habéis venido aquí a bailar. ¡Quien quiera dinero, tendrá que bailar sin parar!

Metió la mano en su bolso y sacó un puñado de billetes y los mostró triunfalmente en el aire. Al verlos, los bailarines se acercaron a ella con las manos extendidas. Margaret ocultó de nuevo los billetes.

—¡A bailar!

Ahora fue Irina, la hija del posadero Vaklav la que inició el baile, en solitario, moviendo las bien formadas caderas. Era una danza en la que iba recorriendo el círculo, deteniéndose ante cada uno de los mozos y mirándole a la cara, como si buscara algo. Luego proseguía. Los muchachos hacían un gesto de desencanto al no ser invitados y batían palmas.

Por último llegó hasta el tipo rubio que peleara con Sanders, lo miró y frente a él movió aún más el cuerpo: había hecho su elección.

El rubio salió y con un gesto de orgullo y de desprecio hacia los otros, acompañó a Irina al centro de la pista. Allí ambos, solos, se entregaron a una furiosa pataleta, cogidos de las manos y girando

como peonzas. La música era cada vez más rápida, el pulso de los espectadores se alteraba, hasta que terminó con un agudo lamento del violín y dos golpes sordos del tambor,

Margaret lanzó un puñado de billetes hacia los dos bailarines y éstos, con las caras enrojecidas aún por el baile y la excitación, se agacharon recogerlos.

Aquello pareció ser la señal para que las parejas volvieran de nuevo. Un remolino de faldas rojas y azules, de blancas enaguas y pantalones y sobre todo las piernas de los hombres que golpeaban el suelo en un salvaje *kossac*. Los billetes volaron, pero los bailarines no se detuvieron a cogerlos hasta que no acabaron el frenesí del baile.

Luego fueron las idas y venidas hacia el barril, que se vaciaba sobre las jarras.

—Quiero bailar —dijo Jane al oído de Martin—. Quiero bailar y tú lo harás conmigo.

—No podría hacer lo que éstos —respondió Martin,

—¡No importa! ¡Lo intentaremos! Vamos.

Pero la música había cesado mientras los músicos abrevaban. Un silencio pesado pareció descender sobre el campo, roto solamente por los jadeos de los bailarines.

—Mira esa nube —dijo Gore a Martin—. Cada vez está más cerca.

—¿Qué hace Sanders? —preguntó Jane—. ¿Qué es lo que tiene en la mano?

Los dos jóvenes se pusieron en pie y muy juntos, se acercaron al escocés. Este, envuelto en su manta y con la cara brillante, mojada, miraba a algo que tenía en las manos.

—¿Qué es eso? —preguntó Gore—. Tom, ¿qué tienes en la mano?

—No lo sé. No recuerdo. Estaba en mi bolsillo,

—Pero, ¡Claro que lo recuerdas! Es el ojo del muñeco que quemaron.

Sanders dio la vuelta al objeto entre sus dedos.

—¿El muñeco?

—Claro que sí. ¿Cuándo lo cogiste?

—No recuerdo... tal vez... tal vez lo tomé, pero no recuerdo cuándo ni por qué Y ha estado siempre aquí, en mi bolsillo.

Parecía sufrir. Soltó el objeto de cristal, que cayó al suelo, brillando con reflejos rojizos. Pero inmediatamente volvió a recogerlo.

—Es bonito, ¿verdad? El ojo del muñeco...

—Pero ese muñeco... representaba al diablo —dijo Jane entrecortadamente. No debiste cogerlo. Puede...

—Puede que esa haya sido la causa de todo —dijo Gore—, pero ahora ya es tarde. Mirad a esa gente. Y mirad a Margaret.

La americana estaba extrayendo de su inagotable bolso billetes, nuevamente y repartiéndolos. Los campesinos se apretujaban a su

alrededor, ávidamente, entre risas roncadas y graznidos.

Luego, Margaret se dirigió a los músicos y les ordenó en inglés que siguiesen tocando, mientras les enseñaba el dinero. Los tres lo comprendieron perfectamente y tomaron sus instrumentos.

—Quiero beber —dijo Sanders—. Estoy seco. Por el diablo, que estoy seco, Necesito beber. ¡Quiero beber!

Casi se puso en pie.

—Espera, te traeré algo —dijo Gore.

Volvió con un jarro lleno de aguardiente. Sanders lo vació de un trago.

Margaret estaba bailando sola, en medio de la pista apelmazada. Por encima de los instrumentos, sonó un trueno largo y profundo como una tos.

—La tormenta —dijo Martin—. Ya está otra vez aquí.

—¿La tormenta? —dijo Gore—. La otra vez no hubo tormenta. Fue... otra cosa, pero no una tormenta.

Martin trató de mirar la hora en su reloj. Lo acercó a la luz del farol y vio que eran las once y media.

—Se aproxima la hora —dijo simplemente—. Veremos algo, no lo dudéis. Algo va a ocurrir.

—Pero, ¿qué? —preguntó Jane con una sonrisa en la fresca boca.

—Ah, si lo supiéramos —intervino Gore—. Aunque podemos imaginarlo. Mirad eso.

Un grupo de mujeres viejas traían sujeto a un cordero. El animal balaba, estremecido.

—¿Qué diablos quieren hacer con él?

—Pronto lo sabremos,

Mientras dos viejas preparaban una hoguera, que pronto elevó sus llamas al aire, las otras sujetaron el cordero en el suelo.

Vaklav avanzó con un enorme cuchillo en la mano.

Martin sintió por un instante una aguda sensación de náusea, pero pasó enseguida.

—Ya —gritó Sanders—. Vamos, ya.

El cuchillo descendió. El animal degollado, movió sus patitas durante unos instantes, pero ya el cuchillo le abría en canal. La mano de Vaklav hurgó en el lanudo cuerpo y se alzó con el corazón chorreando sangre

Se alzó hacia el cielo, como en una muda ofrenda.

CAPITULO 8

L

AS cinco viejas estaban ahora descuartizando el animal. Despellejándole, quitándole las vísceras. La hoguera elevaba sus llamas al cielo, nutrida con los resecos palos sustentadores de la planta del lúpulo.

El resto del pueblo, sentado en los bordes del calvero, esperaba. Margaret se aproximó al grupo de ingleses.

—¿Lo habéis visto? —preguntó ávidamente—. ¿Lo habéis visto?

—Lo hemos visto —respondió Horatio.

—Estaban ofrendándolo a *Él*, al Príncipe de las Tinieblas. Lo sé.

—¿Has repartido todo tu dinero?

—Oh, no, aún me queda mucho. No soy tonta. Sí se lo diera todo, se marcharían a sus casas y me perdería la fiesta.

—¿Tú crees que ahora se marcharían? —preguntó Gore—. Me parece que has desencadenado algo que ya no parará por sí solo.

Los ojos de la americana brillaron furiosamente.

—Pues bien, ¿es lo que quería! ¿No se encerraron como cobardes durante siglos al llegar la noche de su fiesta? Pues ahora van a estar presentes y bien al descubierto cuando... ocurra. Porque algo tiene que ocurrir.

—Y no tardará mucho. Se aproxima la hora.

Jane cogió a Martin del brazo.

—Ven —le susurró al oído.

Se alejaron. En ese momento, los eslovacos cogidos por los brazos estaban cantando. Se balanceaban al compás de su canto, pero sin música. Una melopea extraña, pesada, monótona y extrañamente adormecedora.

Los dos jóvenes se introdujeron entre las empalizadas hasta que la luz de los hachones, del farol y la de la hoguera se diluyeron un poco en la oscuridad. Los brazos de Jane rodearon el cuello del hombre y lo atrajeron hacia ella.

—Ahora —dijo—. Ahora, querido.

Martin estaba tan excitado como ella pero cuando sus manos trataban de desabrochar los botones y lazos del vestido de la mujer, el trueno volvió a retumbar. Martin alzó la cabeza y vio que la mayor parte de las estrellas estaban ahora tapadas por la nube. En el centro de ésta había un reflejo rojizo. ¿El resplandor de la hoguera, tal vez?

El trueno volvió a crujir allá en lo alto. Jane se estremeció.

—S-s-será mejor que volvamos —dijo—. No... no sé lo que me ocurre.

—Yo sí —respondió él con la boca pegada a la oreja de la muchacha—. Estamos asistiendo a algo que jamás pensamos. Y... estamos dentro de ello, lo que sea. No somos nosotros quienes mandamos. Hay algo que lo hace por nosotros. Sí, será mejor que volvamos.

—¿Quieres que nos vayamos? Podemos llegar a la aldea, coger el automóvil y...

—¿Crees que podríamos?

—No lo sé. Y tampoco sé si quiero o no.

Desde el calvero les llegaron gritos. Los dos jóvenes, cogidos de la mano, echaron a andar. Cuando llegaron a la hoguera vieron que el corderillo había sido ya completamente descuartizado y que los trozos estaban siendo ensartados en palos. Pero también había algo más. Una de las viejas había recogido la sangre del animal y la echaba en la hoguera. La gente, alrededor, puesta en pie, gritaba algo que no podían entender.

Y también había algo más:

El cura había aparecido. Envuelto en su manto, y tocado con la teja, gesticulaba y chillaba en uno de los extremos del calvero. Sólo dos o tres de los viejos lo escuchaban. Los demás no parecían hacerle caso alguno. Al ver a Martin echó a correr hacia él.

—Usted habla alemán —dijo—. Tiene que escucharme. La gente está loca.

—Es usted quien tiene que hacer parar todo esto, no yo —respondió el inglés.

—¡No me hacen caso! No me escuchan. ¡Tendré que excomulgarles a todos! ¿Sabe lo que representa eso?

—Creo que...

—¡No habrá más bodas, ni bautizos, ni comuniones! Estoy seguro de que mi obispo me hará caso. ¡Un pueblo sin ceremonias religiosas! ¿Se da cuenta?

—También me doy cuenta de que usted cerró la iglesia cuando nosotros queríamos refugiarnos en ella. No es culpa nuestra si las Furias se han desatado, sino en todo caso, de usted.

—¡No podía hacer otra cosa! ¡Los habitantes del pueblo, esos miserables me habrían apedreado de abrirles la puerta a ustedes! ¡Y míreles en cambio ahora, ofrendando al diablo!

Se persignó rápidamente, con cara de susto.

—Usted lo ha nombrado, no yo —dijo Martin.

—Que Dios me perdone. ¡Tendré que excomulgarlos! Y la culpa la tiene esa mujerzuela que viene con ustedes. ¡Los ha corrompido, los ha llenado de dinero maldito! ¡Deténgala usted!

—No puedo hacerlo, reverendo. En cuanto a sus feligreses... no sé qué podría hacer yo. ¿Los ha amenazado?

—¡Sí, pero no me hacen caso! ¡Están enloquecidos! ¡Han degollado un cordero y...! ¡Que Dios me perdone!

Se recogió el manto y echó a correr, rezando en voz alta. Nadie pareció darse cuenta siquiera.

Los trozos del cordero estaban ya preparados. Sólo faltaba que los acercaran al fuego, pero antes...

Antes se repartió una nueva tanda de alcohol. En realidad, cada uno de los asistentes se llegaba al barril, llenaba su jarra y la bebía. Las mujeres, igual que los hombres.

Dominando el ruido de las conversaciones, un grave sonido descendió sobre el campo. La campana. Repicaba lenta, casi penosamente, aunque poco a poco fue aumentando el número de badajazos hasta convertirse en un toque de rebato.

Los eslovacos quedaron un momento quietos y callados. En algunas de las caras se pudo leer claramente el miedo y la duda. Incluso algunos de ellos iniciaron el gesto de echar a andar hacia el pueblo,

Pero Margaret, que se dio cuenta, acudió al quite.

Abrió de nuevo su bolso, llenó la mano de billetes y los lanzó al centro del círculo. Inmediatamente las caras se volvieron hacia el dinero, y los cuerpos se precipitaron hacia adelante. El tañido de la campana se olvidó. Todo se olvidó, excepto la magia, la atracción del oro.

Porque entre los billetes brillaban monedas de oro.

—¡Así! —aulló la americana—. ¡Esto es lo que mueve el mundo! ¡Pelead por ello, bastardos, pelead por ello!

No hacían falta sus palabras. Aquel que intentaba coger una moneda áurea, aplastaba la mano del que trataba de arrebatársela. Se vio a varios hombres pelear por una de ellas, enzarzarse a puñadas e incluso relució el acero en alguna mano.

—¡Vamos, pelead, bastardos, hijos de perra! ¡Pelead ahora! ¡El diablo está mirándoos! ¿No lo veis allá arriba?

El dinero había ya desaparecido. Dominando el campaneó, el trueno volvió a hacerse oír. Esta vez tan fuerte que las caras se volvieron hacia arriba.

Una mujer chilló agudamente, señalando la nube. Esta, amenazadora, ocupaba ya casi todo el cielo visible.

Como instantes antes, hubo un retroceso. Cientos de años, generaciones enteras, incidían sobre ellos, los atemorizaban. Margaret volcó su bolso en el suelo. Sólo algunos billetes, el resto, salieron de él, pero fue lo suficiente. En el instante en que la última mano engarfiaba el último billete, una vieja acercó uno de los espetones de

carne a la hoguera y se pudo oler el perfume de la carne que se asa.

El instante había pasado. A partir de entonces ni el temor ancestral podría arrebatárles el momento presente. Cada uno de ellos tomó un palo en el que sangraba un trozo de carne y lo metió en el fuego. El alcohol volvió a correr libremente de aquel barril que parecía inagotable.

—¿Quieres comer? —preguntó Martin a Tom. Este movió la cabeza negativamente.

—Sólo beber —respondió—. Dadme más aguardiente. Dadme más de esa porquería. Creo que... creo que me encuentro mejor.

No lo parecía. La sudoración brotaba de sus poros, y empapaba sus ropas, que ahora exhalaban un olor ácido debido al alcohol consumido. Pero bebió de nuevo. Sus dedos jugueteaban con el objeto de cristal, incansables, como si aquello le produjese un verdadero alivio.

Margaret sí, Margaret se acercó a la hoguera y un hombre le tendió un trozo de carne. Le hincó los blancos dientes, gritando entusiasmada. La grasa le chorreó por la barbilla y se la limpió con el dorso de la mano.

El cordero duró poco, pero dos o tres hombres aparecieron con gansos, que fueron desplumados en un instante. Comían, cantaban y reían.

—Supongo que no querrás —dijo Martin a Jane. Esta negó con la cabeza. Había bebido media jarra de aguardiente y sus mejillas ardían.

—Quiero bailar respondió.

Martin se apartó ligeramente y miró hacia lo alto. El centro de una nube estaba sobre ellos. Un centro que parecía reflejar el color de las llamas de la hoguera. Se diría...

—Parece un ojo, ¿verdad? —dijo Gore a su lado—. Un ojo como el que tiene Tom entre los dedos. Nos ha alcanzado ya, querido. Estamos justo debajo de ese ojo.

—Son las doce —respondió Martin—. Demasiado tarde ya para retroceder supongo.

—En el caso de que alguien quisiera retroceder —respondió el aristócrata, secamente—. Yo, no. Quiero ver en qué para todo esto.

—¿Acaso no puedes imaginártelo?

—Oh, tal vez, pero no es lo mismo. Byron hubiera dado años de su vida por un espectáculo como éste,

—Hasta ahora sólo han bailado, bebido y comido —dijo Martin,

—Espera y verás. Margaret no ha acabado con ellos. Me pregunto lo que diría su padre si la viese en este momento, comiendo como un animal y con los ojos brillantes de lujuria. Tom debió violarla, no sólo intentarlo. Obsérvala. Y observa también a Jane, si es que no lo has hecho ya.

—¿Qué quieres decir?

—Que quizá sólo tu presencia le impida comportarse como Margaret.

—¡No sabes lo que dices! —la voz de Martin sonó violentamente.

—¿Ah, no? Obsérvala, querido, obsérvala.

Martin se volvió. Los ojos de Jane relucían, fijos en la hoguera. Las manos de la muchacha se abrían y cerraban como si estrujase algo entre ellas.

—Me la llevaré de aquí —dijo Martin entrecortadamente.

—Inténtalo. Dudo que puedas hacerlo.

Se había acabado la comida. Los instrumentos volvieron a hacerse oír.

—¿Oyes? La campana ya no suena. Sólo el...

El trueno fue tan fuerte que Martin lo sintió dentro del cerebro. Parecían las ruedas de un carro portentoso arrastrándose por las montañas,

Fue como una señal. Los hombres y las mujeres se cogieron de las manos y comenzaron a moverse en torno a la hoguera, Margaret quedó en el centro del círculo.

—¡Mirad! —aulló como una bacante—. ¡Miradme!

De un solo movimiento se rasgó el vestido hasta la cintura, Luego se lo quitó, pasando sobre él las piernas sucesivamente, Quedó en enaguas, casi tan largas como el vestido, pero duraron poco. Cuando se las quitó, solamente los pantalones, unidos al corpiño en la cintura por el corsé.

Gore, con una sonrisa crispada en la boca de finos labios, cruzó la línea de danzarines, y se acercó a la americana.

—¿Permites?

Se colocó a la espalda de la muchacha y comenzó a soltarle los lazos del corsé. Margaret, con el pelo suelto sobre la espalda, ya que su moño se había deshecho, reía, la cabeza levantada hacia el cielo.

El corsé cayó. Una porción de carne muy blanca apareció entre el corpiño y los pantalones de fino hilo. En el medio, el hoyo del ombligo.

—¡Todo! —gritó Margaret—. ¡Quítamelo todo!

—Cada cosa a su tiempo, querida. Así estás muy bien, por el momento.

Los pantalones de Margaret llegaban hasta las rodillas, sujetando las medias de color champagne. La mujer comenzó a bailar, siguiendo los compases de la música, retorciéndose como una serpiente, moviendo las caderas de un lado a otro lascivamente.

El círculo de danzarines se descompuso. Con los ojos brillantes, había ya mujeres que trataban de librarse de sus justillos. Martin apartó la mirada un momento y la fijó en Jane.

—¡No! —dijo en voz alta—. ¡No, tú, no!

Porque Jane comenzaba a hurgar en su espalda, en un escorzo que hacía levantarse su hermoso pecho.

Martin se precipitó hacia ella y le sujetó las manos.

—Oh, déjala —dijo Sanders—. Déjala. Tiene tanto derecho como la otra ramera.

—¡Cállate! No sabes lo que dices.

Volvió el trueno a retumbar sobre ellos. El centro brillante de la nube se hizo más luminoso, casi sangriento.

—Déjame —pidió Jane—. Déjame.

—¡No!

Jane luchaba por librarse de él. Luego, de pronto, le echó los brazos al cuello.

—Pues sácame de aquí. Llévame fuera.

Lo besaba alocadamente. Martin sintió que su sangre se espesaba. La excitación se apoderó de él.

—¡Vamos! —dijo Sanders, que los observaba con una mueca sarcástica—. ¿Qué esperas, hombre? Llévatela y que os aproveche. Ojalá pudiera yo hacer lo mismo.

Martin comprendía confusamente que de todo el grupo de extranjeros, él era quien más sereno estaba. Había bebido menos, apenas unos sorbos de aguardiente, mientras que los otros, y sobre todo Sanders, habían vaciado varias jarras. La proximidad de la joven no le permitía pensar claramente, pero sí supo que si no la sacaba de aquel círculo maléfico, malvado, Jane se lanzaría junto a Margaret.

—¡Ven! —le dijo al oído. Y la arrastró fuera del resplandor de la hoguera.

Cuando llegaron a la oscuridad circundante, Jane se dejó caer pesadamente en sus brazos. Parecía un peso muerto, pero que al mismo tiempo vibraba entre sus manos. Lo sentía. Tropezó con algo y cayeron al suelo. Ya no intentaron siquiera levantarse.

—Tienes que amarme —repetía ella una y otra vez—. ¡Ámame, por lo que más quieras o déjame que vuelva allí!

Tendida en el suelo, clavaba sus uñas en la nuca del hombre. Martin le susurró al oído, tratando de tranquilizarla, pero resultaba imposible. Ella no le oía siquiera y repetía una y otra vez las mismas palabras.

Fue precisamente la complejidad de las ropas femeninas lo que le impidió a Martin el obedecerla. Maldijo los botones, los lazos, los corchetes, porque ella tampoco le ayudaba. Se limitaba a pedirle con voz insistente que la tomara, allí mismo y en ese mismo momento. Cuando logró desabrocharle la espalda del vestido, los truenos eran casi continuos, pero algo se había unido a su estruendo: parecía el lamento de un violín gigantesco, un chirrido que sacudía los huesos.

—¿Qué es eso? —preguntó Jane incorporándose.

—No lo sé.

—Vamos a verlo.

Pero... cuando se pusieron en pie, ella pareció darse cuenta del desorden de sus ropas.

—Martin... estamos solos, completamente solos. Pero, ¿qué nos ocurre? Tan pronto pienso que no podré resistir ni un solo instante más sin que me tomes en tus brazos como...

Es difícil dejar a un hombre a medias cuando instantes antes se le ha estado excitando hasta la locura. Martin se sintió de pronto lleno de furia.

—¡Sí! —gritó—. ¿Qué es lo que te ocurre, lo que nos ocurre a ambos?

Y la abrazó fuertemente, tanto que le hizo daño.

—Déjame —suplicó la muchacha—. Déjame. No podemos... aquí, como animales en el campo...

—¡Pero tú lo querías! Hace un momento lo pedías...

El sonido se reprodujo. Dominaba incluso el rumor de la música, los gritos de los bailarines y sus fuertes taconeos sobre la tierra batida.

Ambos miraron al cielo. El obsesionante centro de la nube refulgía como un rubí.

—Debemos irnos —suspiró él—. Antes de que sea tarde.

Ella le cogió la cara entre las manos.

—Compréndelo: no te rechazo, pero estaba loca. No aquí. Sería horrible, creo que me sentiría sucia para siempre.

—En ese caso no vuelvas a pedírmelo.

—Pero si yo... es como si fuese otra persona. Por favor, Martin, vayámonos antes de que sea tarde. Si volvemos a esa infame hoguera, a toda esa gente, no sé si lo resistiré. Vámonos.

—Está bien. Vámonos.

Ella se llevó las manos a los oídos cuando el ruido se reprodujo.

—¡Ese horrible sonido! Pero, ¿qué es?

—No lo sé. ¡No me importa!

La abrazó impulsivamente. Ella gimió.

—Martin, por favor...

Las manos del hombre le bajaron el cuello del vestido que llevaba desabrochado por detrás. Tropezó con algo.

—¿Qué es esto?

—Es...

Martin sacó el objeto. Era una cadenita a cuyo extremo había algo.

—Mi cruz —suspiró ella.

—¿Tu cruz?

Era en efecto una crucecita de oro y rubíes.

—Era de mi abuela. Ella era francesa y católica.

Parecían haberse apagado sus ardores casi por completo.

—Lleva cuidado. Vas a romperla.

Martin respiró pesadamente.

—¿Romperla? No, quiero que la cojas entre las manos... No la sueltes.

Las dos manos, la de él y la de la mujer, se unieron sobre el objeto. Un soplo cálido pareció envolverlos.

—Está... bendecida —suspiró la mujer—. Eso me dijo mi abuela.

—Eso espero. Ven. Allá parece que ocurre algo.

—No volvamos, por favor. Podemos llegar al pueblo dando un rodeo.

—Creo que ahora... no corremos tanto peligro. Ven.

Echaron a andar, dando tropezones entre los surcos. Los dedos de la joven seguían sujetando la crucecita, sin soltarla.

Llegaron al círculo. Los eslovacos bailaban flojamente ahora, como si estuvieran cansados. Pero algo había cambiado, evidentemente.

Lo vieron cuando llegaban junto a Sanders, que permanecía siempre en su sitio, envuelto en la manta.

—¿Qué es eso? —preguntó Jane.

—No lo veo... ¿qué?

—Eso, ahí. ¿No lo ves? Allí, al otro lado.

—Sí... No lo distingo bien.

—Hace un instante que está ahí —dijo Sanders de pronto con voz débil—. Creo que... esos aún no lo han visto,

—Pero, ¿qué es? —la voz de Jane se había elevado un registro completo.

—No lo sé —respondió Sanders—. No lo sé, pero creo que...

Hizo una pausa.

—Creo que ha llegado lo que estábamos esperando inconscientemente.

Al otro lado de la hoguera había algo espeso, negro, grande, pero no podían distinguirlo bien. Era como si las tinieblas se hubieran espesado, sin formas precisas, sin bordes apreciables. Sólo una sombra entre las sombras,

—Creo —dijo Sanders—, que ha llegado *El*.

CAPITULO 9

E

L baile fue cesando lentamente. Las caras comenzaron a volverse, a girar hacia las sombras.

Hasta el trueno cesó.

Margaret, en el centro de la pista, aún con el corpiño, los pantalones y las medias, se volvió también. Cerca de ella, Horatio Gore.

Silencio.

Un silencio espeso, pesado, como aquél que precede a la tormenta. Sólo el chasquear de las ramas en la hoguera.

—Dios mío —dijo Jane—. No es posible. ¡No es posible!

—Tu cruz, No la sueltes —respondió Martin—. Por tu vida, no la sueltes.

Sanders se desprendió de su manta y se puso trabajosamente en pie. Tragaba saliva con esfuerzo.

Una de las mujeres más viejas fue la primera en moverse. Cayó de rodillas, y en esta postura avanzó hacia las sombras. Parecía un negro escarabajo al que le faltaran dos patas.

En el silencio, su voz se elevó salmodiando algo. Martin sólo pudo entender dos o tres palabras: «... has llegado» y «Tú».

Otra de sus compañeras, también madura, hizo el mismo gesto. Se volvió hacia los demás y les ordenó algo, con voz chillona.

Igual que las piezas del dominó cuando puestas en fila y en pie, es derribada la primera, uno a uno, los cuerpos de los eslovacos fueron cayendo de rodillas, hasta que todos, excepto los ingleses y Margaret, estuvieron en la misma postura, de hinojos y las caras vueltas hacia la sombra.

—No puedo resistirlo —dijo Jane, pero sin volver la cabeza—. Oh, Dios, no puedo resistirlo.

Martin le pasó un brazo por el talle.

—Estoy contigo —dijo lo más serenamente que pudo.

Algo, algo pequeño, se desprendió de las sombras y avanzó hacia la hoguera. Martín forzó los ojos.

Era un animal, un perro peludo, de color amarillento y muy flaco. Avanzó lentamente, con el morro en alto y moviendo la cabeza de un lado a otro, como si mirase las caras de los campesinos. Al llegar junto a Margaret se detuvo y la observó.

Margaret hizo un extraño ruido con la boca. Por un instante el

perro y ella se contemplaron y luego la americana se dejó caer de rodillas, gimiendo, y tapándose la cara con las manos. Su cuerpo se estremecía.

El perro continuó hasta Gore. El aristócrata levantó una mano como para alejar al animal, pero éste se le acercó más aún.

—Byron —dijo lord Gore—. Byron, ¿qué no darías tú...? Oh...

Como si sus rodillas se hubieran quebrado de pronto, se arrodilló, junto a Margaret. Para Martin era evidente que había luchado por no hacerlo, pero algo, una fuerza superior a las suyas, le había derrotado.

El perro dio la vuelta en círculo, Esta vez se aproximaba hacia Martin.

«No lo haré», pensó éste. «No voy a hacerlo».

A su lado, Sanders cayó de hinojos. El brazo de Martin, que sostenía la cintura de Margaret, sintió la tensión del cuerpo de la joven.

—Tu cruz —dijo Martin—. Déjame tocarla.

Puso su mano izquierda sobre la de la joven. La atmósfera se había enfriado notablemente, pero sintió algo tibio en la mano. La cruz.

El perro los miraba. Martin vio dos ojos fosforescentes, hipnóticos, que se clavaban en los suyos. Unas pupilas rasgadas que parecían hacerse más y más grandes.

—No —dijo Martin—. No, Jane, estamos protegidos. ¡Vade! ¡Vade!

El perro retrocedió, enseñando los dientes. Del otro lado del círculo, desde las sombras, se oyó algo así como un bufido y el perro les volvió el trasero.

Caminando de la misma forma, el animal volvió hasta Su Amo. Algo como el sonido de una cuerda tensa que se rompe, y en la mente de Martin se formaron claramente las palabras: «Comience».

Se volvió. ¿Alguien había hablado? Pero los labios de todos estaban cerrados. Aquellas palabras no habían sido pronunciadas por nadie, habían brotado de dentro de sí mismo.

—¿Lo has oído? —preguntó Jane.

Asintió.

No sólo ellos. Todos los demás debían haber oído. Los músicos se pusieron en pie, y con sus instrumentos en las manos fueron acercándose hacia *La Sombra*. Desde donde estaba, vio Martin cómo uno a uno se inclinaban y luego comenzaron a tocar.

La vieja que se había arrodillado la primera, se puso en pie, y caminó hacia la hoguera. Junto a ésta había algo en el suelo. Lo recogió y volvió sobre sus pasos. Levantó las manos como en una ofrenda.

—¡No! —dijo Jane.

Las sombras se movieron. Algo muy oscuro, avanzó hacia la hoguera. Algo informe, tan informe como el muñeco que los campesinos quemaron noches atrás. El trueno retumbó. El violín y la cítara continuaron su melopea.

La vieja cayó de rodillas de nuevo, sin dejar de ofrecer aquello a *Su Señor*. Sus manos se abrieron y aquello, lo que fuera, desapareció.

—Lo he visto —dijo Martin—. Era el corazón del cordero.

De entre el corro de campesinos se alzó un grito casi unánime. Algo así como un aplauso.

La Sombra, aquello, siguió avanzando. La misma vieja de antes cogió un taburete y se lo presentó. Aquello se sentó sobre él.

Seguían sin poder verlo bien. Sólo sabían que era peludo y apenas tenía contornos. Como las pesadillas que nos asaltan de pequeños cuando apretamos los ojos y sombras espesas parecen abalanzarse sobre nosotros,

«Que empiece».

La vieja hizo un rápido gesto y comenzó a desprenderse de sus ropas. Lo hizo con precipitación, casi convulsivamente, hasta que la última prenda cayó al suelo.

Allí, a la luz de la hoguera quedó desnuda, los pechos colgantes, el vientre flojo y las piernas torcidas. No era un espectáculo nada agradable y menos cuando se puso a bailar con un contoneo estúpido que hacía bambolear las flácidas mamas,

Pero ya no era ella sola. Como un contrapunto, Margaret se desprendió de las pocas prendas que le quedaban, aunque le costó desabrocharse el corpiño, y debió romper los corchetes para conseguirlo.

Ella sí era muy bella. Tenía un cuerpo muy bien formado, quizá ligeramente delgado. Los ojos de los hombres brillaron lujuriosamente al observarla.

Luego, todos los demás. Bajo *La Presencia*, que permanecía completamente inmóvil en su asiento, todos, hombres, mujeres, viejos y jóvenes, se quitaron las ropas. Se oyó la risa contenida de una muchacha y el ronco jadeo de un hombre.

Una vez que estuvieron todos completamente desnudos, los tres músicos se colocaron junto a *La Sombra* y comenzaron a tocar. Al instante los demás se cogieron de la mano y se movieron en círculo.

Era un espectáculo alucinante. Junto a las recias curvas, la carne firme de una robusta moza, los pingajos de una vieja bruja o la tripa bamboleante de un campesino repleto de cerveza y aguardiente.

Junto al rostro encarnado, congestionado de un hombre de mediana edad, la firme musculatura de un hércules.

Tambaleándose, Sanders luchaba con sus ropas, tratando de quitárselas.

—No lo hagas —le dijo Martin.

Los ojos azules del escocés se volvieron hacia él.

—¡No te metas en esto! ¡Tengo que hacerlo! ¡Ya voy!

Había logrado desprenderse ya de todas sus prendas. Con el mismo paso tambaleante, de enfermo, se adelantó hacia la hoguera. Cómo era posible que un hombre que momentos antes tiritaba de frío, envuelto en una película de sudor pudiera correr ahora, tan desnudo como cuando vino al mundo, era algo incomprensible.

Pero ya estaba allí, junto a la sombra. Esta alargó algo, parecido a un tentáculo peludo, y Sanders depositó en él lo que llevaba en la mano, lo que había estado sobando durante toda la noche.

—El ojo del muñeco —dijo Martin. No había soltado la mano de Jane, aquélla en que la joven llevaba la cruz.

Gore estaba ya también desnudo. Había cogido la mano de Margaret y ambos se incorporaron al baile, a la danza en círculo que giraba en torno a *La Sombra*.

Cada vez más estrecho, el círculo se acercaba a ésta. Los talones desnudos golpeaban sobre la tierra. Un hedor inmundito llegó a las narices de Martin. No era el del sudor de tantos cuerpos moviéndose en la noche, sino algo peor, infinitamente peor, Algo como nunca había olido en su vida. Miró a Jane y comprendió que ésta sentía lo mismo que él.

Pero eran los únicos que aún conservaban sus ropas puestas. Ni por un momento había sentido Martin deseos de quitárselas. Con un impulso de miedo pensó lo que sería de ellos si la crucecita se caía, se perdía.

Porque estaba seguro que era lo único que los separaba a ellos dos de aquella locura colectiva.

Miró al cielo. La nube continuaba allí, pero ya su centro no era rojizo, sino tan oscuro como el resto, y Martín creía saber por qué: El núcleo estaba ahora allí abajo, frente a ellos, sentado en un taburete.

El tentáculo volvió a alzarse en el aire. La música cesó.

«El homenaje».

Martin había leído algunas cosas acerca de las misas satánicas, de los «Sabbat». Si lo que iba a llegar ahora era lo que pensaba, no sería nada agradable.

No lo fue. Cada uno de aquellos cuerpos desnudos avanzó hasta *La Sombra* y se inclinó para besarla. Martin sabía «qué» era lo que había que besar a «Aquello».

Cuando el último hubo rendido el obsceno homenaje, el baile recomenzó a una señal. En ese instante, Martin y Jane sintieron sobre ellos el peso de una mirada.

No era una mirada, en realidad. Era como si un puñal se clavase en sus pupilas, y llegara hasta sus cerebros. Era una orden.

«El homenaje. Vosotros.»

«No» —pensó Martin—. «Nosotros, no».

«El homenaje».

«Vade retro. Satanás.»

El puñal pareció retroceder.

«Vosotros lo habréis querido.»

La penosa sensación cesó. Jane abrió la boca.

—Martín, ¿no podemos marcharnos?

—No lo sé. No sé si tratará de impedirlo, pero tenemos esto que nos protege.

Dieron dos pasos hacia adelante, pero sorprendentemente algo pareció clavarles los pies en el suelo. Como si se hubiera levantado una muralla ante ellos.

—¿Qué es esto? —preguntó Jane—. No puedo andar. ¡No puedo!

—Yo... tampoco —jadeó Martin que estaba haciendo un sobrehumano esfuerzo para mover los pies—. Esa cosa nos ha... atado, nos ha sujetado,

«No os moveréis de aquí hasta que yo lo quiera.»

«Vade retro» «Vade retro, Satanás.»

«No os moveréis porque yo no lo quiero.»

En efecto, no podían. El sudor corrió por la frente de Martin. Su rostro se congestionó por el esfuerzo. Inútil,

Tenían que quedarse. Tenían que contemplar...

Tenían que contemplar lo que estaba comenzando a ocurrir.

El círculo de bailarines se había desecho en parejas. Cada hombre buscaba a una mujer y cada mujer buscaba un hombre. Pero lo más espantoso de todo era que...

... Las parejas no resultaban afines. Vieron cómo un mozo robusto, que no tendría más de veinte años, se emparejaba con una mujer de cincuenta años o más, y cómo las manos del hombre acariciaban aquellos pechos flácidos, colgantes, semejantes a harapos de carne.

Vieron cómo una muchachita de erguidos senos se abrazaba a un hombre que podría ser su padre, un tipo de hinchado vientre y barbas sucias.

Vieron...

Los tres músicos, presa de un furor incesante, rasgueaban, golpeaban, rascaban sus instrumentos, cada vez más aprisa. Por el suelo corrían cosas inmundas, parecidas a sapos.

—Es una pesadilla. ¡No puede ser verdad! —dijo Jane, sollozando—. ¡No quiero verlo!

«Lo veréis. Veréis todo.»

Casi junto a ellos, vieron a Sanders que caminaba cogido a una mujer. La reconocieron por su cabello rubio. Irina, la hija del

posadero. Era ella la que lo sostenía, y en sus ojos brillaba la fiebre de la posesión. Gritaba palabras casi en los oídos del escocés.

Y vieron otras muchas cosas. Vieron cómo el perro amarillo saltaba en dos patas. Alguien le había puesto una corona de lúpulo seco en la cabeza. Con el morro alzado, aullaba a la luna.

Vieron cómo un macho cabrío, con ojos rojizos como llamas, atravesaba por entre los bailarines, la cabeza baja, dispuesto a topar, la barba casi rozando el suelo.

Vieron cómo «aquello» que se sentaba en el taburete se alzaba, y era muy parecido al muñeco que se quemara días atrás, aunque no podían distinguir sus formas.

Vieron cómo se incorporaba al baile, con la más vieja de las mujeres.

Vieron...

Jane sollozaba sin lágrimas. Su cuerpo se estremecía violentamente, pero ni por un momento soltó la crucecita. Envuelto en una oleada de asco y de miedo, Martin no podía apartar los ojos de la escena que se desarrollaba ante sus ojos.

Sanders estaba ya casi junto a ellos, siempre sujeto por la eslovaca. Cuando llegaron a su altura, Tom tropezó y ambos cayeron al suelo. El hermoso cuerpo de Irina se extendió voluptuosamente y gimió llamando al hombre.

Era espantoso. Uno de aquellos animales parecidos a sapos contempló a la pareja cuando ésta se unía en una cópula desesperada.

Porque ya la lujuria había llegado. A donde quiera que mirasen, sin poder apartar los ojos, hombres y mujeres yacían juntos.

¿Cuánto tiempo pasó? Ninguno de ellos podría decirlo. Sólo que debieron ser horas enteras, porque cuando los sentidos embotados de ambos jóvenes sobrenadaron para volver penosamente de nuevo a la realidad, la luna se había ocultado y la hoguera comenzaba a apagarse. El farol agonizaba también, lo mismo que los hachones.

Martin movió un pie. Podía hacerlo. Se sintió lleno de alegría. Las ataduras habían desaparecido. A su lado, con los ojos cerrados, Jane parecía dormir.

—¡Jane! ¡Jane!

—¿Qué? —respondió ella con voz átona.

—Podemos movernos. Podemos. Vamos...

Un pie, el otro.

¡Podían!

Aquello parecía un campo de batalla. Los cuerpos estaban esparcidos en todo el claro, solitarios unos, agarrados aún en las últimas convulsiones otros, semejabán cadáveres.

Martin vio a Sanders, tendido junto a Irina. Un poco más allá, Gore sentado, con la cabeza entre las manos, y a su lado, Margaret,

como un desarticulado muñeco.

De encima del taburete, «Aquello» se irguió.

«Ya estáis libres», resonó en las cabezas de los dos jóvenes. «Id y contadlo».

Hubo un trueno espantoso. La tierra pareció romperse en mil pedazos. Jane se llevó las manos a los oídos y gritó. Martín creyó que iba a perder el conocimiento, el cerebro le bailaba dentro del cráneo.

Una llamarada se elevó de la casi extinguida hoguera, una llamarada que ascendió hacia la nube y pareció empotrarse en ella. El olor, nauseabundo, olor a muerte, a cadáver, a azufre, flotó sobre el campo.

Algunos cuerpos comenzaron a moverse. Trabajosamente parecieron volver a la vida.

—Vamos, —urgió Jane—. No puedo soportarlo más.

—Espera, tenemos que llamar a los demás.

Gore se ponía en pie. Miró a su alrededor y luego a sí mismo. Hizo un gesto.

Margaret se incorporó y se desperezó. Luego vio a Horatio a su lado.

—¡Padre! —aulló—. ¡Papá!

—Es tarde ya —respondió Horatio.

A su alrededor, los cuerpos revivían. Las bocas se abrían, manos febriles, al darse cuenta de su desnudez, buscaban sus ropas. El olor dominaba el conjunto.

—No —dijo Martin—. No.

Había visto el cuerpo del muchachón rubio que se arrastraba sobre el vientre y se dirigía hacia donde estaban Sanders e Irina. En su mano brillaba algo.

Sanders comenzaba también a despertar. No sudaba ya. Su rostro estaba seco.

Miró a Martin.

—¡Cuidado! —gritó éste, al tiempo que echaba a correr.

Pero el eslovaco corrió más que él. Se puso en pie de un salto y se precipitó hacia el escocés.

Irina gritó agudamente, mientras trataba de taparse con sus propios vestidos.

Todo ocurrió muy rápidamente. El fuerte muchacho cayó sobre Sanders, alzando una mano. Tom intentó parar el golpe, pero estaba demasiado débil por todos aquellos días de transpiración continua y la falta de alimentos.

Martin llegó un instante tarde. Sólo un instante, pero fue lo suficiente.

El cuchillo descendió con un brillo rojizo y se hundió en el cuello del oficial inglés. Este abrió la boca, un gorgoteo salió de ella, y al

mismo tiempo un chorro de sangre le bañó el desnudo pecho. El arma le había seccionado la yugular.

Tom cayó hacia atrás al tiempo que Martin golpeaba con la punta de su bota la cara del eslovaco, y éste cayó hacia atrás. El golpe le había alcanzado en un ojo.

Toda la gente estaba ahora ya en pie. Miraban la escena con ojos embotados aún, sin comprender totalmente lo que ocurría ante su vista. Las mujeres se ponían sus sayas, su ropa interior, con movimientos torpes, sin mirarse unas a otras y los hombres corrían a esconderse entre los postes sustentadores del lúpulo.

Martin se agachó y cogió el cuchillo. El eslovaco, con la cara cogida entre las manos, gemía. La sangre corría entre sus dedos.

—Ocúpate de él —ordenó Martin a Gore, que llegaba en ese momento.

Se inclinó sobre Tom. La sangre brotaba incontenible, en oleadas, cada vez que el corazón daba un latido. El escocés tenía los ojos abiertos.

Trató de hablar, pero nada salió de su boca, ni un sonido. Quizá el cuchillo le había seccionado también las cuerdas vocales.

Luego, la cabeza rubia cayó hacia atrás y los ojos se vidriaron.

Tom Sanders estaba muerto.

FINAL

EL automóvil estaba ya dispuesto, en la puerta de la posada. Horatio comprobó que tendrían bastante esencia para llegar hasta Kaschau. No era seguro, pero en último caso, siempre un par de bueyes en cualquier pueblo podrían sacarles del apuro.

Martin miró hacia el campo. El pequeño cementerio del pueblo, del cual acababan de llegar, y donde habían enterrado a Tom Sanders. No pensar en llevar su cadáver a Inglaterra, porque...

Porque oficialmente, Tom Sanders había muerto de una enfermedad que los mismos médicos de Viena no habían sabido diagnosticar.

Aquella era la mejor solución. Lo habían hablado hasta agotarse. Con el cura, con Vaklav, que al mismo tiempo era el alcalde. Nadie debía saber lo que había ocurrido aquella noche satánica. Es más: incluso Martin y Gore comprendieron que si no se plegaban a lo que les pedían, probablemente habría una matanza. Nadie estaba dispuesto a que fuera de sus pequeñas fronteras se supiera ni una sola palabra.

Ei cura había exorcizado el campo, con la cara sombría y lo había regado con agua bendita. ¿Hasta cuándo? Probablemente hasta la próxima fiesta de la recogida del lúpulo. Eso sólo... sólo Dios o quizá *Algún Otro* podría decirlo.

También, el sacerdote había ordenado a sus feligreses que devolvieran el dinero a Margaret. Renuentes, habían obedecido, pero Margaret se negó a cogerlo. El cura, con los dientes desenfundados, recogió todos los billetes y los quemó, al tiempo que los asperjaba.

Martin cogió la manivela y le dio tres enérgicas vueltas. En el pescante, Gore sujetaba la rueda del volante.

Vaklav apareció en la puerta.

—No les digo adiós —dijo en alemán—. Sólo querría que jamás, jamás, hubieran puesto los pies aquí.

Lo miraron. Miraron también las caras de los campesinos. Todas ellas tenían la misma expresión: vergüenza, miedo, y alivio al verles partir.

—No se preocupe —respondió Martin—. Jamás volveremos por aquí.

El cura apareció. Los miró con sus ojos de búho.

—¿Piensan acaso que todo ha acabado? —preguntó—. Cuídense. El diablo no suelta tan fácilmente sus presas.

—Vámonos —dijo Gore con los dientes apretados—. Vámonos ya

de una vez.

El motor ronroneaba y el coche se agitaba. En el interior, las dos jóvenes, sin mirarse siquiera, esperaban.

—Adiós —dijo Martin.

Y el automóvil arrancó—

Fue cuando habían recorrido ya los primeros veinte kilómetros, cuando Jane asomó la cabeza por la ventanilla que había en el tabique de separación entre el pescante y el interior.

—¿Lo visteis? —preguntó—. ¿Lo visteis?

—Yo sí —respondió Gore secamente—. Lo vi y ayudé a descolgarlo.

—Ahorcarse en la misma iglesia —dijo Jane—. Es horroroso. Era un asesino, pero, ahorcarse en la iglesia...

—No se ahorcó él —respondió Martin con la misma sequedad.

—Pero... eso es lo que dijeron.

—No, lo ahorcaron entre todos los hombres del pueblo. No querían que hablara. Porque algún día podía ir a otro sitio, quizá a alguna ciudad importante para hacer el servicio militar, y quizá, quizá, hubiera llegado a hablar. Tenían que impedirselo. Y me pregunto... Me pregunto si sólo el miedo a una investigación les ha impedido hacer lo mismo con nosotros.

—Y ahora —dijo Martin con los dientes apretados—, nadie, ninguno de nosotros, jamás volverá a hablar de esto. Juradlo.

Lo hicieron.

Pero...

Pero, ¿podrían mantener su juramento?

¿Podrían soportar toda la vida la pesada carga de aquella noche?

FIN

BIBLIOTECA RAPIDA

TITULOS PUBLICADOS:

BRUJOS E ILUMINADOS
POSESOS Y EXORCISTAS
EL MERCADO DE LA MUERTE
VISITAS COSMICAS ● EL EROTISMO EN LA MITOLOGIA
LA REENCARNACION ● LO VERDADERO DE LAS PIRAMIDES
VUDU, SANTERIA Y MACUMBA ● LA NIGROMANCIA
HOMOSEXUALES Y LESBIANAS ● VISION MEDIUMNICA
LOS TEMPLARIOS ● EL HORROR NAZI ● LA HONORABLE TRATA
LOS REFORMATARIOS ● LUZ Y TINIEBLAS ● DELINCUENCIA
SUEÑOS Y VIDA ● FUEGO PURIFICADOR ● EL ANTICRISTO
LAS HUELLAS DE LA MALDICION ● PERVERSOS SEXUALES
ONIROMANCIA ● EL JUICIO FINAL ● TABUES SEXUALES
LA PENA DE MUERTE
LA INQUISICION
EL F.B.I.
LUTERO
SADISMO
SATANAS
DRACULA
EN TRANCE
EL FUTURO
EL AÑO 2001
LA TORTURA
VAMPIRISMO
LA DEMENCIA
LOS HUMANOIDES
HISTORIA DE LA C.I.A.



Pídalos en su kiosko favorito

Distribuidores exclusivos en América:

EDITORIAL AMERICA, S.A.

6355 N.W. 36 Th Street

Virginia Gardens, FLORIDA 33166 U.S.A.

P.V.P. **35** PTS.